

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,  
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

**EN BUSCA DEL VERDADERO ROSTRO  
DEL HOMBRE**

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,  
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

**CUARESMA–PASCUA DE RESURRECCIÓN, 1987**

**SUMARIO**

---

**INTRODUCCIÓN (n. 1)**

Nuestra intención (nn. 2-3)  
Estructura de la Carta Pastoral (n. 4)

**I.- ALGUNOS HECHOS IMPORTANTES (n. 5)**

Cambio de clima socio-cultural (n. 6)  
Nuevo marco político (n. 7)  
Tecnificación de la vida (n. 8)  
Sociedad planificada (n. 9)  
Rendimiento y consumo (n. 10)  
Grave crisis socio-económica (n. 11)  
Crecimiento de la conflictividad (n. 12)  
La transformación del entorno natural (n. 13)

**II.- HOMBRES Y MUJERES DE NUESTRO TIEMPO (n. 14)**

En busca de autenticidad, pero alienados  
En busca de liberación, pero domesticados (n. 15)  
Más juntos, pero más solos (n. 16)  
Llenos de cosas, pero vacíos de vida (n. 17)  
Más eficaces, pero menos humanos (n. 18)  
Conscientes de nuestros logros, pero amenazados (n. 19)

**III.- EL HOMBRE EN BUSCA DE SU HUMANIDAD (n. 20)**

El hombre en busca de su sentido (n. 21)  
• Nuestros anhelos y decepciones

- La necesidad de sentido (n. 22)

El hombre en busca de su proyecto (n. 23)

- Nuestra bondad y nuestra maldad
- Necesidad de proyecto (n. 24)
- El sistema de valores (n. 25)

El hombre en busca de su realización (n. 26)

- Frustración y confianza
- Necesidad de plenitud (n. 27)
  - a) La fuerza del mal
  - b) La derrota de la muerte (n. 28)

#### **IV.- DIOS EN EL HORIZONTE DEL HOMBRE (n. 29)**

Luz en nuestras contradicciones (n. 30)

Orientación para nuestros esfuerzos (n. 31)

Confianza para nuestros fracasos (n. 32)

#### **V.- DIOS CON NOSOTROS (n. 33)**

Compartiendo nuestra condición (nn. 34-36)

Crucificado por nuestra injusticia (nn. 37-39)

Resucitado por nuestra salvación (nn. 40-41)

#### **VI.- HOMBRES Y MUJERES NUEVOS (n. 42)**

Hijos de Dios (n. 43)

- Apertura confiada a Dios (n. 44)
- Aceptar a Dios como Señor (n. 45)
- Acoger a Dios como gracia (n. 46)
- Obediencia filial a Dios (n. 47)

Todos hermanos (n. 48)

- Actitud fraterna (n. 49)
- Respeto total al otro (n. 50)
- Solidaridad con el necesitado (n. 51)

Con señorío sobre el mundo (n. 52)

- Un mundo abierto a Dios (n. 53)
- Un mundo al servicio del hombre (n. 54)
- Respeto y cuidado del mundo (n. 55)

Comprometidos en una humanidad nueva (n. 56)

- La lucha contra el pecado (n. 57)
- Creación de una sociedad más justa y fraterna (n. 58)

Humanos en el sufrimiento (n. 59)

- Enfrentados a la propia cruz (n. 60)
- Cercanos al sufrimiento ajeno (n. 61)

Llamados a resucitar (n. 62)

- El amor a la vida
- Una muerte humana (n. 63)

## **VII.- EL HOMBRE COMO TAREA (n. 64)**

Llamada a la confianza

Llamada a la responsabilidad (n. 65)

Llamada a la esperanza (n. 66)

## **CONCLUSIÓN**

## INTRODUCCIÓN

**1.** Jesucristo es para los creyentes el Hombre Nuevo que nos llama a los hombres y mujeres de todos los tiempos a la renovación, la conversión y la esperanza.

Convertirse es siempre abrirnos a Él para ir creciendo en humanidad. Despojarnos del «hombre viejo» y de todo lo que de inhumano hay en nuestras vidas para «revestirnos del Hombre Nuevo, creado a imagen de Dios, con la rectitud y santidad propias de la verdad» (Ef 4,24).

Este tiempo de Cuaresma y de Pascua, en el que nos disponemos a celebrar la Muerte y Resurrección del Señor, puede ser un tiempo privilegiado para escuchar esa llamada a transformar y humanizar más nuestras vidas, y un tiempo propicio para acoger en nosotros la fuerza renovadora del Resucitado.

### **Nuestra intención**

**2.** El pasado año os hablábamos de Dios, persuadidos de que Él es el mejor guardián y el mayor amigo del hombre. Queríamos contribuir con nuestra palabra a rescatar y purificar la fe en el Dios de Jesucristo tan desprestigiada y manchada por todos.

Este año queremos hablaros del hombre. De ese hombre, llamado, buscado e invitado por Dios a la vida y al que vemos debatirse hoy en medio de profundas contradicciones, sin encontrar respuesta a sus interrogantes más profundos, acosado por la incertidumbre y el miedo, necesitado más que nunca de esperanza.

Es Dios mismo quien nos urge a preguntarnos con el salmista: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?» (Sal 8,5). ¿Qué se encierra en la humanidad para que Dios mismo haya querido compartir nuestra vida caminando con nosotros como compañero de ruta, muriendo nuestra muerte y abriéndonos una puerta a la Vida eterna?

**3.** Nuestro principal objetivo este año es anunciaros que sólo un hombre lleno de vida da gloria al Dios de Jesucristo. Queremos ofrecer a los hombres y mujeres de nuestro tiempo la Buena Noticia de Jesucristo que puede ayudarnos a todos a afrontar nuestra tarea humana con un sentido más pleno, con una responsabilidad más lúcida, con una esperanza más gozosa.

Pensamos, en primer lugar, en los creyentes de nuestras comunidades cristianas que no siempre aciertan a descubrir en su fe la luz y el estímulo necesarios para vivir hoy de manera digna y esperanzada. Queremos ayudarles a ver

que ser cristiano es descubrir desde Jesucristo cuál es la manera más humana de enfrentarse a la existencia y, apoyados en Él, tener la audacia de ser hombres hasta el final.

Pensamos asimismo en muchos hombres y mujeres que se han ido alejando vitalmente de Dios, porque tenían la oscura convicción de que no era para ellos una mano amiga que les ayudaba a vivir sino una presencia opresiva que les impedía crecer. Queremos preguntarles y preguntarnos si es el hombre realmente más humano cuando prescinde de Dios o cuando se adhiere al Dios revelado en Jesucristo.

No olvidamos tampoco a aquellos que no creen en Dios y tratan de responder al misterio de la existencia desde posiciones alejadas de la fe cristiana. Nuestra Carta quiere ser también un diálogo respetuoso y amigable con ellos. Todos compartimos las contradicciones del ser humano y nos vemos enfrentados a los mismos interrogantes. Creemos que la exposición sincera de nuestra fe y nuestra visión del hombre puede servirles de estímulo e invitación a enfrentarse con lealtad y coraje a la existencia. Muchos de ellos, con su vida y compromiso por una sociedad mejor, nos cuestionan a los que creemos en un hombre «salvado» por Jesucristo. Deseamos que nuestra manera de vivir y formular la fe cristiana les pueda interpelar también a ellos en su increencia.

## **Estructura de la Carta Pastoral**

**4.** Para acercarnos a los hombres y mujeres de nuestro tiempo y entender mejor nuestra situación actual, en la *primera parte*, recordamos algunos *hechos relevantes* que, sin duda, nos han ido configurando durante estos años y explican, de alguna manera, el momento que vivimos.

En la *segunda parte*, y sin la pretensión de ser exhaustivos, nos detenemos a considerar algunos *rasgos de este hombre* modelado por la sociedad en que vive. No es una descripción exclusivamente de otros. También nosotros nos sentimos hombres de este tiempo, habitados por esos mismos interrogantes, preocupaciones y anhelos.

Pero, las preguntas y contradicciones que vivimos los hombres de hoy, no son algo exclusivamente nuestro. El hombre de todos los tiempos lleva consigo unos interrogantes supremos a los que trata de responder de alguna manera. En la *tercera parte*, queremos acompañar a nuestros contemporáneos y ayudarles a ahondar en las contradicciones, preocupaciones y anhelos que vivimos los hombres de hoy, para descubrir tras ellos y en su interior esas *preguntas fundamentales* que *el hombre* lleva consigo y que le empujan a buscar un sentido a su vida.

En la *cuarta parte*, invitamos a todos a llevar con valentía su búsqueda hasta el final, para preguntarnos si en el interior de nuestros interrogantes más hondos, en el fondo de nuestros anhelos más nobles y al final de todas nuestras búsquedas, no está *Dios en el horizonte del hombre*.

En la *quinta parte*, anunciamos nuestra fe en Jesucristo. Nosotros creemos que el hombre no está abandonado a sus contradicciones, proyectos imposibles o sueños inalcanzables. Dios *está con nosotros*. De manera humilde y respetuosa, pero impulsados por la fe cristiana que ilumina y llena de esperanza nuestras vidas, queremos confesar que, para nosotros los creyentes, *Jesucristo* es la clave del misterio humano y la *verdadera respuesta* ofrecida a la humanidad.

La *sexta parte* la hemos destinado a descubrir los rasgos fundamentales del hombre a la luz de la fe cristiana y las posibilidades que se nos ofrecen también a los hombres y mujeres de hoy de vivir *desde Jesucristo una existencia renovada*.

Por último, en la *séptima parte* y desde nuestra fe en Jesucristo, formulamos una llamada a todos, y de manera particular a los creyentes, a renovar la *confianza* en este hombre salvado por Dios, a asumir hoy con *responsabilidad* nuestra tarea humana y a reavivar en nosotros la *esperanza*.

## I.- ALGUNOS HECHOS IMPORTANTES

5. No queremos hablar del hombre en abstracto sino de los hombres y mujeres concretos que vivimos hoy en nuestra tierra.

Han quedado atrás aquellos años tristes y penosos de la posguerra. Ya no se respira entre nosotros el optimismo ingenuo de «los años sesenta» cuando se impulsó el desarrollo industrial y bastantes comenzaron a gozar de un nivel de vida más elevado. La crisis económica iniciada en «los años setenta» nos ha hecho caer de nuevo en la incertidumbre. Más tarde, la instauración de un nuevo marco despertó en nuestro pueblo nuevas expectativas y generó nuevos esfuerzos. Actualmente vivimos un clima diferente.

¿Cómo somos los hombres y mujeres de hoy? ¿Cuáles son los interrogantes que nos inquietan? ¿Qué logros hemos alcanzado y en qué estamos fracasando?

Comencemos por recordar algunos hechos relevantes que, sin duda, nos han ido configurando durante estos años y explican, junto a otros muchos factores, el momento que vivimos.

### **Cambio de clima socio-cultural**

6. En poco tiempo, nuestra sociedad ha vivido cambios que han transformado profundamente la vida.

Muchas costumbres y maneras de vivir han cambiado. Hace unos años, las familias vivían de otra manera. En las escuelas, la enseñanza era más elemental. En las fábricas, se trabajaba de modo diferente. Las mujeres hacían otro estilo de vida. Las diversiones no eran como ahora. El fin de semana o el verano eran distintos.

En pocos años se ha intensificado el paso de una sociedad rural a otra más urbana e industrial, estructurada de manera más compleja y burocrática.

Hemos ido caminando de una sociedad tradicional donde se respetaba la autoridad, las tradiciones y costumbres del pasado, a una situación de continuo cambio donde se cuestiona lo anterior y se buscan soluciones nuevas para casi todo.

A una población apenas alfabetizada le han sucedido unas generaciones más cultas, con un nivel de profesionalización y especialización notablemente más elevado.

Aquellas familias numerosas y estables, de corte más tradicional y autoritario, han dado paso a una familia más reducida, espontánea, inestable y conflictiva. Por otra parte, la mujer ha salido fuera del hogar y trata de ocupar un papel social cada vez más importante junto al varón.

En poco tiempo hemos pasado de una sociedad estructurada de manera uniforme y monolítica a otra en la que han podido emerger las posiciones ideológicas, políticas y religiosas más enfrentadas.

Ya no vivimos en aquella sociedad religiosa donde la fe jugaba un papel decisivo en la vida de las personas y en la orientación de toda la sociedad. El hombre industrial no siente la necesidad de pedir a Dios su bendición para los campos y el ganado; se preocupa más bien de aplicar a su producción técnicas cada vez más eficaces. El trabajo, la educación, las diversiones, la actividad política han adquirido su propia autonomía con respecto a la religión. El Estado es aconfesional. Poco a poco se va imponiendo entre nosotros un estilo de vida más secularizado donde lo religioso va perdiendo importancia.

Todos estos cambios se han producido en nuestra tierra de una manera especialmente rápida y acelerada, haciéndose sentir, a veces de manera convulsiva, incluso en los pueblos más alejados y los caseríos más distantes.

Pero veamos algunos de los factores que han ido provocando esta profunda transformación.

### **Nuevo marco político**

7. Sin duda, uno de los datos más importantes ha sido la instauración todavía reciente de un nuevo marco político que ha permitido una sociedad más democrática, con mayor protagonismo de los partidos políticos, sindicatos y grupos ideológicos, y una mayor participación de los ciudadanos en la vida pública.

Esta nueva situación ha provocado una conciencia socio-política más viva y ha puesto en marcha todo un esfuerzo por encontrar un marco institucional que permita al pueblo recuperar su propia identidad. A lo largo de estos años, hemos podido ver el empeño de nuestras gentes por sacar de la clandestinidad a los partidos y por consolidar nuevas formaciones y estructuras políticas y sindicales. La aprobación del Estatuto de Gernika y el Amejoramiento del Fuero Navarro han sido, sin duda, pasos muy importantes.

Hoy, transcurridos algunos años, las expectativas creadas no se han visto satisfechas. Las dificultades y obstáculos para desarrollar las posibilidades que ofrece el Estatuto de Autonomía siguen siendo graves; continúa utilizándose la violencia de manera implacable como instrumento de lucha política; los partidos no aciertan a aunar sus fuerzas en el diálogo; la voluntad política de la sociedad aparece profundamente dividida. De nuevo, vemos a nuestro pueblo envuelto en un clima de incertidumbre.

### **Tecnificación de la vida**

8. Pero, ya antes del cambio político, nuestra sociedad estaba cambiando. La tecnología, introducida rápidamente por la iniciativa empresarial de nuestras gentes, ha ido modificando profundamente las condiciones y medios de vida, el acceso a la cultura, el trabajo y el descanso.

A lo largo de estos años, hemos asistido a un desarrollo inusitado de nuestras industrias y a un aumento progresivo de la productividad del país. Ello ha permitido una organización más eficiente de la vida socio-económica. Los obreros han tenido que aprender a trabajar de manera más especializada y mecanizada. Los jóvenes reciben una formación profundamente marcada por la técnica y la informática. Se han intensificado los medios de comunicación y transporte. La red de carreteras y autopistas está haciendo surgir un país mejor comunicado con el exterior.

El progreso técnico ha elevado de manera considerable el nivel de vida de muchas familias. Los hijos tienen un acceso más fácil a la enseñanza, incluso universitaria. Hemos equipado nuestros hogares con toda clase de electrodomésticos, televisores y aparatos de alta fidelidad. Podemos permitirnos unas vacaciones, fuera de nuestro alcance todavía hace unos años.

## **Sociedad planificada**

**9.** El progreso técnico ha traído consigo un funcionamiento social mucho más complejo y planificado. Si se quiere organizar la convivencia con eficacia, es necesario programar las necesidades, planificar la producción y controlar fuertemente la vida socio-económica.

Poco a poco, todos hemos podido constatar cómo el Estado, los gobiernos autonómicos y los diferentes poderes públicos intervienen cada vez más en sectores de la vida que antes pertenecían al dominio individual, familiar o social. En nombre del desarrollo y del bienestar, y apoyándose en datos estadísticos y coeficientes cuantitativos, se toman decisiones y medidas que luego afectarán profundamente a personas concretas en su vida diaria.

Nuestra vida depende cada vez más de instituciones y estructuras cuyo funcionamiento se nos escapa a cada uno de nosotros. El hombre y la mujer de nuestros días se acerca a las entidades bancarias, acude a la Seguridad Social, prevé su jubilación o realiza las diferentes gestiones, sabiendo que depende de una red de estructuras y procesos casi anónimos e impersonales desde donde se están dictando órdenes e instrucciones que dirigen su vida en muchos aspectos.

Pero la red se extiende hasta adquirir dimensiones planetarias. Estamos integrados en el sistema de producción y defensa que configura al bloque occidental; hemos entrado en el Mercado Común Europeo; formamos parte de la Alianza Atlántica.

## **Rendimiento y consumo**

**10.** El progreso industrial y técnico ha traído consigo un desarrollo económico y una mayor prosperidad social. Las personas se han encontrado con unos ingresos económicos más sustanciosos y unas posibilidades mayores de ir adquiriendo toda clase de artículos.

En poco tiempo, nuestros pueblos y ciudades se han visto invadidos de comercios y supermercados que ponen a nuestra disposición toda clase de obje-

tos. Las diferentes empresas y casas comerciales compiten agresivamente entre sí para ofrecernos sus productos. Una propaganda, antes desconocida, ha penetrado de manera incisiva en nuestras vidas. Desde la pantalla del televisor, las ondas de la radio o el borde de las carreteras se nos invita a gastar y consumir cada vez más.

Pero, naturalmente, el disfrute de un bienestar mayor exige trabajar y producir más. Todo parece orientarse entonces hacia un objetivo cada vez más reducido: trabajar, producir, consumir. Éste es el ciclo vital que permite el funcionamiento y desarrollo de la sociedad actual.

### **Grave crisis socio-económica**

**11.** Acostumbrados a una prosperidad creciente, la grave crisis económica que comenzó a gestarse hace unos años por problemas de energía, ha sembrado el desconcierto y nos ha mostrado la fragilidad de nuestro desarrollo.

En poco tiempo, los problemas se han precipitado: la automatización de los procesos de producción y la entrada en el Mercado Común Europeo están pidiendo la reconversión industrial en muchas empresas, e incluso una reindustrialización; la inflación exige graves medidas de austeridad salarial; la revisión de la producción agrícola y ganadera, y los riesgos inherentes a la comercialización de sus productos preocupan a las gentes del campo; los diferentes problemas que afectan a los pescadores no se revuelven.

A lo largo de estos años hemos visto con preocupación cómo se han ido cerrando numerosas empresas, dejando en el paro y la inseguridad a muchas familias. Observamos que la crisis económica está creando una especie de nueva clase social, la de esos hombres y mujeres parados, cuya situación personal y familiar se va deteriorando y cuyo porvenir se hace cada vez más sombrío y más dependiente del subsidio o la ayuda asistencial.

Al mismo tiempo, sectores cada vez más amplios de jóvenes que no ven la posibilidad de ningún proyecto seguro para su futuro, van cayendo en la frustración, sin estímulo alguno para el estudio o la capacitación personal y con la tentación permanente de huir hacia la droga o la marginación social.

### **Crecimiento de la conflictividad**

**12.** Todos sentimos que la tensión y los conflictos son parte dolorosa pero muy real de nuestra vida individual y colectiva.

La crisis socio-económica ha provocado, como era de esperar, graves conflictos laborales. Ahí están, a lo largo de estos años, las huelgas, luchas, reivindicaciones, encierros y hasta refriegas callejeras protagonizados por trabajadores en defensa de sus puestos de trabajo o en lucha por mejoras salariales y por agricultores y «arrantzales» que ven amenazado su porvenir.

Los profundos cambios socio-culturales han distanciado y enfrentado a las diferentes generaciones, provocando conflictos que desbordan el marco de la

familia y se dejan sentir en toda la vida social. Por otra parte, se hacen comprensibles la crispación, irritabilidad y reacciones conflictivas de esos jóvenes en los que la sociedad de consumo excita unos deseos y necesidades que luego no pueden satisfacer.

La presencia de dos culturas en nuestra tierra es fuente también de graves tentaciones. Individuos de habla euskaldun o castellana y grupos de diferente pertenencia cultural se enfrentan en sus reivindicaciones y en la vida diaria. Nosotros mismos somos testigos de esta conflictividad en el seno de nuestras comunidades cristianas.

Pero tal vez, son los conflictos de orden político los que con más fuerza reflejan el enfrentamiento violento que desgarró a nuestro pueblo. Los partidos defienden opciones y alternativas muy enfrentadas. Temas básicos como la relación entre Navarra y la Comunidad Autónoma Vasca o el mismo Estatuto de Autonomía son fuente de conflicto. El pueblo ha salido a la calle con frecuencia a expresar sus protestas y sus reivindicaciones. El orden público se ha visto alterado muchas veces por jornadas de luchas y graves enfrentamientos con la fuerza pública. ETA, por su parte, ha continuado su estrategia de violencia y muerte provocando una represión que, en ocasiones, se ha materializado en acciones contrarias a los derechos humanos.

Nuestro pueblo lleva muchos años sufriendo en su propia carne y desea sinceramente la paz. Hoy lo vemos impotente pero hastiado ya de tanta violencia y clamando para que se busquen por fin vías de diálogo, entendimiento y cordura.

### **La transformación del entorno natural**

**13.** El entorno natural de nuestra tierra ha sido profundamente transformado en poco tiempo. Basta abrir los ojos para observar construcciones, polígonos industriales y autopistas que hace algún tiempo no habríamos imaginado.

La industrialización ha provocado, por otra parte, una fuerte concentración urbana. Junto a nuestros pueblos y ciudades que se esfuerzan por conservar todavía «la parte vieja», se levantan nuevos bloques de viviendas donde se aglomera la población.

Toda esta transformación ha permitido una adaptación mejor de nuestra tierra a las necesidades del país, un desarrollo industrial mayor, una intensificación y mejora de los medios de comunicación y transporte.

Pero el precio de toda esta transformación es caro. Nos duele ver cómo hemos ido destruyendo, devastando y afeando los valles, ríos y playas de los que tan orgullosos estábamos en esta tierra nuestra. El aire de algunas ciudades ya no es tan limpio, el agua de los ríos y costas está más contaminada, las calles más congestionadas.

Las reacciones y protestas de personas y grupos cada vez más sensibilizados, no han podido detener ese proceso de mutilación de nuestro entorno natural y destrucción del paisaje.

## **II.- HOMBRES Y MUJERES DE NUESTRO TIEMPO**

**14.** Esta profunda transformación de nuestro entorno material y social modifica poderosamente la forma de ser y de actuar de las personas. Cada uno de nosotros somos, de alguna manera y al mismo tiempo, víctimas y protagonistas de este cambio social. Por eso, vamos a detenernos ahora a considerar algunos rasgos de este hombre que vive hoy en esta sociedad.

### **En busca de autenticidad, pero alienados**

El hombre de hoy se esfuerza por conocerse mejor a sí mismo y orientar su vida con acierto. Se han multiplicado los especialistas en toda clase de problemas humanos. Psicólogos, sociólogos, antropólogos, tratan de analizar todos los rincones del ser humano. Sus esfuerzos son, sin duda, una ayuda valiosa para los hombres; y, sin embargo, aunque sabemos cada vez más de las diversas parcelas de lo humano, parece que son muchas las personas que viven sin apenas conocerse a sí mismas.

Por otra parte, la vida moderna nos ha abierto posibilidades, insospechadas sólo hace unos años, para cultivarnos a nosotros mismos. Muchos hombres y mujeres desempeñan brillantemente sus tareas, con gran competencia y eficacia profesional; y, sin embargo, bastantes fracasan como personas al vivir dando vueltas en torno a sí mismas sin encontrarse nunca con cierta profundidad. Saben cumplir su tarea, pero su ser más profundo corre el riesgo de atrofiarse.

Esta sociedad nos invita a movernos, a atender a muchos problemas, a multiplicar los contactos con las personas; pero todo ello, aunque es fuente de enriquecimiento personal, termina muchas veces dispersando nuestra personalidad. Vivimos tratando de responder a unas expectativas o exigencias sociales, haciendo lo que los demás esperan de nosotros, representando diversos papeles que terminan por desfigurar nuestra propia identidad.

Otras veces las actividades y ocupaciones nos arrastran. Los medios de comunicación invaden nuestra vida. No tenemos tiempo para detenernos a estar con nosotros mismos. Vivimos de prisa, nos movemos en torno a muchos centros de interés pero, perdidos en la actividad y agitación, no encontramos ya nuestra propia interioridad.

Así, aunque muchos saben encontrar en esta misma vida moderna resortes para vivir con autenticidad y originalidad propias, son muchos más los que terminan perdiendo su propio rostro, extraños a sí mismos, vacíos de identidad y juguetes, casi siempre, de fuerzas externas que son las que en realidad conducen sus vidas.

### **En busca de liberación, pero domesticados**

**15.** A lo largo de estos últimos años, hemos visto crecer en nuestro pueblo el deseo de liberación. No todos entendemos esta noble palabra de la misma ma-

nera. Pero, a pesar de todas las impurezas y ambigüedades, queremos ver un anhelo profundamente humano en tantos esfuerzos generosos de personas y de grupos y en tantos gestos masivos e iniciativas populares que buscan niveles mayores de libertad individual y social.

Sin embargo, no siempre logramos lo que tanto anhelamos. Buscando una mayor liberación socio-política, hemos terminado, con frecuencia, absolutizando falsamente lo político, cayendo esclavos de nuestras propias ideologías y posiciones partidistas, enfrentándonos mutuamente desde posturas dogmáticas y totalitarias e incapacitándonos para el diálogo político que verdaderamente necesitamos hoy.

Por otra parte, aunque está muy vivo en cada uno de nosotros el deseo de vivir salvaguardando nuestra propia libertad, fácilmente cedemos a los imperativos de la eficacia o de los intereses económicos, y terminamos por adaptarnos a las circunstancias de la vida, renunciando a nuestros ideales y convirtiéndonos en seres pasivos y dóciles; perdida, tal vez para siempre, nuestra capacidad creativa y nuestra generosidad.

Somos también testigos del empeño de muchos hombres y mujeres por liberarse de tabúes religiosos o represiones morales y alcanzar así su propia madurez. Ciertamente, son muchos los que han aprendido a comportarse con una responsabilidad más adulta. Sin embargo, vemos que son muchos también los que se han lanzado a satisfacer de manera incontrolada toda clase de apetencias, especialmente de orden sexual. Lejos de ver nacer un hombre nuevo más sano y maduro, estamos constatando nuevas neurosis, represiones y frustraciones en individuos cada vez menos capacitados para un amor de comunión y solidaridad. Nos apena de manera particular la vida de tantos jóvenes a los que vemos arrastrar una existencia distorsionada, introvertida y alejada de la realidad.

No son en absoluto desdeñables las liberaciones parciales aportadas por el progreso actual. Pero las servidumbres que nos han acarreado nos obligan a formularnos graves preguntas: ¿Qué libertad es ésta que consiste en quedar sometidos a nuevas dependencias, ideologías, conformismos y esclavitudes? ¿No es ésta una liberación sin verdadera libertad, de la que no puede emerger un hombre realmente dueño de su destino? Nos engañamos cuando nos creemos libres y no somos sino «esclavos satisfechos». ¿Qué futuro más libre podremos construir para nuestro pueblo, si ya desde ahora nos dejamos domesticar de tantas maneras?

### **Más juntos, pero más solos**

**16.** El hombre actual busca el contacto con los demás; y, por otra, parte la sociedad moderna le ofrece toda clase de medios. El teléfono permite conversar con las personas más alejadas. El coche y las vías de comunicación facilitan nuestros encuentros e intercambios.

A lo largo de estos años, hemos visto nacer y desarrollarse todo tipo de agrupaciones, comunidades y asociaciones de vecinos. Se han multiplicado los encuentros, las reuniones, asambleas y congresos. Se trabaja más en equipo. Se

busca la terapia de grupo. Las personas buscan su ambiente o círculo de amistad.

Y, sin embargo, todo ello no impide que una soledad indefinida, difusa y triste se vaya apoderando de muchas personas. La vida moderna está organizada de tal manera que fácilmente masifica a los hombres, los atomiza y los aísla. Cada uno vive junto a los demás, se roza con los otros, se cruza con los vecinos, pero no se encuentra con ellos.

Han crecido nuestros contactos, pero cada vez son más los que viven aislados, encerrados en su propio mundo, extraños a los demás. Cada uno va a lo suyo, sin apenas sentirse responsable de los demás. Y así, casi sin darnos cuenta, vamos haciendo de la comunidad humana una mera sociedad de intereses.

Esta soledad se extiende hoy a través de todo el tejido social. Hogares donde las personas se soportan con indiferencia; niños que no conocen el cariño y la ternura; jóvenes que descubren con amargura que el encuentro sexual puede encubrir un egoísmo engañoso. Amantes que se sienten cada vez más solos después del amor. Amistades que se disuelven en cálculos e intereses inconfesables.

Esta soledad no se cura poniendo a las personas unas junto a otras. Hoy más que nunca, las gentes se amontonan en las ciudades y las nuevas barriadas, en los espectáculos y lugares de diversión. Pero, si la vida de cada uno es un desierto y los hombres viven vacíos interiormente, en torno a su pequeño mundo de cosas, defendiendo exclusivamente su vida «privada», quedarán privados de amistad, encuentro y verdadera comunión.

Por otra parte, no podemos olvidar que la sociedad actual está estructurada de tal manera, que margina a los que no producen convenientemente y arrinconar a los que no pueden competir con los demás. Es el mismo sistema socio-económico el que funciona beneficiando los intereses de los más fuertes y marginando a los sectores más débiles hacia niveles siempre más extremos de necesidad, abandono y soledad.

## **Llenos de cosas, pero vacíos de vida**

**17.** A lo largo de estos años, las condiciones de vida de nuestras gentes han mejorado notablemente. Las familias tienen hogares más cuidados y más acogedores. Las personas pueden gozar de una vida más cómoda y confortable. Tienen más posibilidades de disfrutar del fin de semana, las vacaciones o la jubilación. Hemos de saber agradecer la mejora de vida, el crecimiento de posibilidades y la expansión del disfrute que ha traído el desarrollo económico.

Todo ello ha despertado en nosotros un deseo normal de bienestar y comodidad material que, sin embargo, en muchos ha degenerado en consumismo irracional y deshumanizador. Incitados por una publicidad constante e incisiva y animados por el criterio generalizado de que poseer cosas nuevas es siempre mejor, son muchos los que terminan por reducir su vida a trabajar, ganar y comprar artículos siempre nuevos, más precisos, más rápidos, más modernos.

Aunque no faltan quienes van tomando conciencia de esta trampa mortal, son más los que van cayendo en el estilo de vida propio del consumidor moderno. Viven «tragando» alimentos, bebidas, artículos, marcas, discos, conferencias, libros, viajes, paisajes.

Las consecuencias son graves. Su vida se convierte en una cadena de deseos y satisfacciones. Las personas buscan «tener», más que «ser». No es extraño que más de uno se reconozca y encuentre su identidad en la marca de su coche, la sensibilidad de su aparato de alta fidelidad o el corte de su último traje. Entonces, la vida se reduce a poseer, con el riesgo de olvidar otras dimensiones y experiencias profundamente humanas como la amistad, la ternura, la generosidad o el diálogo.

La insatisfacción interior, el hastío y aburrimiento que muchos hombres y mujeres comienzan ya a sentir son, sin duda, una llamada a preguntarnos dónde ha de buscar el hombre su verdadero alimento y su vida.

Por otra parte, esta sociedad de producción y consumo genera nuevas desigualdades entre privilegiados y desfavorecidos. El poder económico se concentra y sus mecanismos segregan una distribución de los bienes profundamente desigual. Las injusticias tienden a perpetuarse indefinidamente dentro del sistema. ¿Cómo pensar en una sociedad cada vez más justa y fraterna?

### **Más eficaces, pero menos humanos**

**18.** Nuestras gentes han sido siempre dinámicas y emprendedoras. Pero, sin duda, el desarrollo industrial estimuló todavía más su sentido pragmático, la responsabilidad en el trabajo, la iniciativa empresarial, la capacidad organizativa. Entre nosotros, ha calado de manera casi espontánea ese espíritu de eficacia, tan propio de la sociedad industrial. Se ha hecho algo normal e indiscutible el considerar como importante para el hombre aquello que es útil y sirve.

Esta manera de pensar se extiende hoy indebidamente a los diferentes sectores de la vida, de manera que hemos terminado por pensar que lo importante es «lograr» las cosas, como sea, al precio que sea, considerando que, de alguna manera, «el fin justifica los medios».

Creemos que aquí radica en una buena parte el carácter violento de muchos planteamientos socio-políticos y la radicalización de muchas posturas. Queremos lograr nuestros objetivos de manera eficaz y rápida, y pensamos que cualquier apelación a otros valores éticos o consideraciones no es sino un freno que va contra la dinámica de nuestra liberación individual o colectiva.

Pero, toda esta actividad crispada, radical y violenta, ¿nos está haciendo, en realidad, más libres? En una sociedad donde todo se basa en lo útil y eficaz, ¿no terminaremos tratándonos unos a otros como cosas? Si lo único importante es lograr nuestros objetivos, ¿no sentiremos la tentación de eliminarnos unos a otros al ver en nuestro adversario un obstáculo para nuestros propios intereses?

## **Conscientes de nuestros logros, pero amenazados**

**19.** Imposible describir aquí todos los logros del hombre actual. Con frecuencia, no somos suficientemente conscientes y agradecidos ante los increíbles avances en el campo de la salud, la medicina, la higiene o la vida doméstica. No valoramos lo bastante la extensión de la cultura actual y su generalización, las posibilidades de la información, la comunicación y la cooperación humana. Nos hemos habituado a las ventajas y beneficios de la sociedad actual en todos los órdenes.

Y, sin embargo, paradójicamente, el hombre de hoy no se siente ya tan orgulloso de sus logros. Incluso, comienza a sentirse víctima de su propio poder. Progreso técnico no significa necesariamente progreso humano. Los porcentajes e índices de desarrollo siguen sin decirnos si la vida del hombre es más humana y liberada.

Hemos logrado muchas cosas. Parece que estamos más equipados que nunca para conseguir lo que queremos, pero ¿qué es lo que en realidad queremos?

Hemos impulsado la producción y el desarrollo, pero comenzamos a sentir miedo de terminar siendo nosotros mismos una pieza del mecanismo enorme que hemos puesto en marcha.

Hemos organizado la sociedad de una manera más eficiente y burocratizada, pero cada individuo no puede ya entender ni abarcar el funcionamiento social del que depende. Más que seres humanos, muchos se sienten piezas inconexas y carentes de importancia dentro del sistema.

Hemos creado bienestar, pero también marginación, paro, aislamiento, soledad, masificación, individualismo, contaminación. Hemos hecho la vida más larga, pero también más vacía y superficial.

Hemos luchado por causas muy nobles en el campo cultural, social y político, pero hemos generado violencia, muertes, divisiones profundas y odios.

Vivimos en un mundo cada vez más amenazado. El desarrollo de la energía para fines destructivos, los posibles accidentes en las centrales nucleares y la imparable carrera armamentista de las grandes potencias hacen cada vez más posible la destrucción de la humanidad.

En un grado u otro, no son pocos los hombres y mujeres que comienzan a tener conciencia de que el hombre moderno se siente perdido, impotente ante su propio poder, sometido a los nuevos ídolos que él mismo ha levantado, esclavizado por las fuerzas que ha desencadenado, amenazado en lo más profundo de su ser humano.

### III.- EL HOMBRE EN BUSCA DE SU HUMANIDAD

**20.** Pero las preguntas y contradicciones que vivimos los hombres y mujeres de hoy no son algo exclusivamente nuestro. Si ahondamos en ellas, pronto descubriremos los interrogantes supremos a los que trata de responder, de alguna manera, el hombre de todos los tiempos.

Los hombres de hoy, como los de cualquier época, no podemos acallar un interrogante que envuelve en profundidad toda nuestra existencia y surge en nosotros una y otra vez de manera callada pero inevitable: ¿qué sentido tiene todo esto?, ¿qué sentido tiene nuestra vida?

De ordinario, el hombre contemporáneo no se atreve a enfrentarse con las cuestiones más hondas que lleva en su corazón. Distráido por tantos reclamos superficiales, volcado casi siempre hacia fuera, sin tiempo para encontrarse consigo mismo, no siempre es capaz de escuchar las aspiraciones y anhelos que surgen en su interior.

Por otra parte, nos hemos acostumbrado a estudiar casi exclusivamente el funcionamiento de las cosas y ello parece quitarnos lucidez o coraje para plantearnos las cuestiones más fundamentales sobre nosotros mismos.

Sabemos también que hay entre nosotros quienes, desde una actitud de escepticismo radical, creen que no tiene sentido preguntarse por el sentido de la vida. El hombre ha de resignarse a la oscuridad total.

Nosotros estamos persuadidos de que una vida sin sentido es una vida «in-sensata». El hombre necesita dar un sentido a su existencia. De lo contrario, queda atrapado en un vacío existencial que le impide crecer como ser humano.

Precisamente por eso, queremos acompañar a nuestros contemporáneos y ahondar, juntamente con ellos, en las contradicciones, preocupaciones y anhelos que vivimos los hombres y mujeres de hoy, para descubrir con más lucidez las preguntas fundamentales a las que también hoy hemos de responder.

#### **El hombre en busca de su sentido**

**21.** Si nos detenemos ante las cuestiones e interrogantes que se despiertan en nosotros y ahondamos en ellos, podremos constatar una doble experiencia.

- ***Nuestros anhelos y decepciones***

Tanto individual como colectivamente, todos buscamos algo que no coincide exactamente con lo que luego encontramos en la realidad. De una manera o de otra, vamos recogiendo de la vida esta tremenda experiencia de contradicción.

Una cosa es lo que anhelamos y buscamos, y otra muy diferente lo que luego en realidad somos o logramos. La realidad de la vida se impone sobre nues-

tros mejores deseos e idealismos, llenándonos una y otra vez de una sensación más o menos honda de contradicción.

Pensemos en algunas de las *contradicciones* que caracterizan a tantos hombres y mujeres de hoy:

- Más independientes de cualquier autoridad familiar, religiosa o moral, pero más dependientes de modas, corrientes de opinión o consignas. Celosos de su libertad en todos los órdenes, pero esclavos de nuevos convencionalismos y necesidades sociales.
- Más sensibles a los problemas colectivos de orden socio-político, pero más individualistas en su vida diaria. Más dinámicos, activos y eficaces, pero también más superficiales e inconstantes.
- Más instruidos, mejor informados y con una formación cultural más amplia, pero más desprovistos de razones convincentes para dar un sentido a su vida.
- Con mayores contactos y más comunicación con los demás, pero más incapaces de relaciones profundas, personales y estables.
- Más libres de tabúes y represiones en el disfrute del sexo, pero, con frecuencia, más frustrados o inhibidos para una verdadera entrega amorosa.
- Más dotados de medios para luchar contra el dolor, la enfermedad y el mal, pero más débiles y frágiles ante el sufrimiento y las contrariedades de la vida.
- Con mayores posibilidades de satisfacer sus deseos, pero más necesitados de seguridad, afecto y ternura.

No es necesario seguir enumerando nuestras contradicciones. El hombre de todos los tiempos es contradicción. Siempre lo vemos en tensión entre sus posibilidades ilimitadas y su realidad; malográndose constantemente a sí mismos; siempre soñando y siempre fracasando; creándose «dioses» para dar sentido a su vida y tratando luego de destruirlos para recuperar su libertad.

¿Quién es este ser lleno de contradicciones? Siempre en busca de seguridad, y siempre desamparado. Llamado a la luz, y acosado de incertidumbres. Nacido para vivir, y abocado a la muerte. Buscando remedio a todo, y sin capacidad de encontrar un remedio para sí mismo. Capaz de las mayores grandezas, y lleno de miserias y mediocridad. Corriendo tras la verdad, y autoengañándose constantemente. Anhelando libertad, y con miedo para disfrutar de ella. Capaz de dominar el mundo, y sin acertar a ser dueño de sí mismo. Hecho para amar, y empequeñecido por inconfesables egoísmos.

### • ***La necesidad de sentido***

**22.** Casi sin darnos cuenta, comienzan a despertarse en nosotros interrogantes que no tienen respuesta fácil: ¿qué somos?, ¿de dónde venimos?, ¿qué es lo que buscamos?

No son preguntas forzadas. Son los interrogantes supremos del hombre que brotan dentro de nosotros como un manantial. ¿Por qué vivimos? ¿Quién nos ha despertado a la vida? ¿A qué se nos llama?

Enseguida advertimos que somos un misterio para nosotros mismos. Un ser desconocido al que deberíamos mirar con asombro. ¿Por qué estoy viviendo si yo no lo he pedido ni buscado? ¿Por qué se me ha regalado la vida?

Son preguntas a las que nuestras ciencias y nuestra técnica no pueden responder. No se trata de acumular datos y de sumar informaciones. El saber científico sólo estudia el funcionamiento de las cosas y de los seres, pero se mantiene al margen del sentido de la existencia. Soy yo mismo, cada uno de nosotros, el que ha de buscar respuesta a esta pregunta que gobierna a todas las demás: ¿quién soy yo?, ¿quién es el hombre?

Sólo una respuesta convincente a estos interrogantes puede permitirnos apreciar en su justo valor nuestra existencia. Haber perdido la respuesta al misterio de la vida, ¿no será ésta la mayor tragedia de la cultura moderna? Necesitamos saber el *desde dónde* y el *hacia dónde* de nuestra existencia. El hombre de hoy comienza a intuir que, sin esto, la vida se convierte en algo absurdo e insoportable.

Podemos huir al vacío interior. Podemos dispersarnos en las mil ocupaciones y distracciones de la vida diaria. Podemos darnos seguridad unos a otros. Pero si desconocemos el sentido de nuestra vida, ¿no seguiremos siempre tanteando en la oscuridad, caminando penosamente para no llegar a ninguna parte?

## **El hombre en busca de su proyecto**

**23.** Sea cual fuere la respuesta que los hombres demos a las preguntas relativas a nuestro destino, una cosa parece imponérsenos ineludiblemente. El hombre no se realiza si no es haciendo el bien. Las distintas formas de entender la vida pueden llevarle a pensar de forma distinta sobre estas cuestiones fundamentales acerca de lo que es bueno o es malo, lo que se debe hacer o se debe evitar. Pero la llamada que experimenta la conciencia humana a hacer el bien parece ser una constante inherente al ser humano. El proyecto humano está inseparablemente unido a la urgencia que siente a hacer el bien.

Por ello mismo, tal vez lo más inquietante al contemplar a este hombre lleno de contradicciones, sea el descubrir su capacidad de maldad moral y su resistencia a obedecer a la llamada de su naturaleza a hacer el bien. Siempre cabe esperar de él lo mejor, pero también lo peor. La bondad y la maldad son la entraña misma de su ser. No sólo esto. Puede incluso llegar a justificar las mayores aberraciones, portadoras de odio, de destrucción y de muerte.

### **• Nuestra bondad y nuestra maldad**

No es difícil descubrir gestos buenos y constructivos entre los hombres. A lo largo de estos años, hemos sido testigos, en diversas ocasiones, del sentido de responsabilidad y sensatez de nuestras gentes que han acudido a las urnas en paz o han salido a la calle a manifestar su protesta masiva contra violencias de signo contrario. Hemos podido admirar no pocos gestos de solidaridad, no sólo en momentos de desgracia como el de las graves inundaciones que afligieron al País Vasco, sino también, en estos tiempos de crisis, defendiendo puestos de

trabajo de compañeros, compartiendo necesidades, promoviendo diversas iniciativas ante el paro, la droga y otros problemas sociales. Solidaridad que se ha hecho extensa, en diversas ocasiones, a pueblos del Tercer Mundo hundidos en la miseria o víctimas de catástrofes. No olvidamos tampoco la preocupación de los padres por la educación de sus hijos, el apoyo a las ikastolas o las diversas iniciativas para recuperar el euskara. Tenemos también presente el trabajo tenaz de muchos jóvenes que, a pesar del sombrío porvenir que la sociedad les ofrece, adquieren una preparación técnica o científica que los capacite para ser un día útiles a sí mismos y a los demás. Hemos podido observar asimismo en muchos sectores una mayor sensibilidad democrática, una participación más responsable en la vida ciudadana, una inquietud y búsqueda de una sociedad mejor.

Junto a esto, no podemos olvidar la intolerancia, la irritación e irracionalidad que se ha apoderado en más de una ocasión de sectores importantes de nuestra sociedad. Hemos asistido impotentes al crecimiento de una violencia inhumana protagonizada y animada por hijos de nuestro propio pueblo. Hemos visto con pena las disensiones y falta de diálogo en nuestros partidos, la insensibilidad de bastantes ante el valor de la vida, la insolidaridad de muchos luchando sólo por sus propias reivindicaciones, el olvido fácil de tantos parados y marginados. Nos preocupa el futuro sombrío que aguarda a nuestros jóvenes, el consumo creciente de drogas y, en particular, la destrucción lenta de esos doce mil adictos a la heroína.

Si acudimos al ámbito más cercano de nuestro propio entorno personal, cuántos testimonios de bondad y generosidad, cuántos sacrificios desconocidos, cuántas vidas grandes y nobles ocultas en la humildad de lo cotidiano, cuánto trabajo bien hecho, cuántos gestos de amistad gratuita, ayuda desinteresada, servicio callado.

Y, junto a ello, la experiencia de tantas vidas mediocres y superficiales, dominadas por el dinero, el sexo o el egoísmo, los gestos de crueldad y venganza, la infidelidad a la persona querida, el desprecio y el odio implacable, la actuación ambigua.

Ciertamente el progreso no nos ha aportado automáticamente mayor humanidad. Y nuestra historia contemporánea sigue siendo como la historia de todos los tiempos, una lucha entre el bien y el mal.

Es cierto que el hombre supera unas contradicciones, pero lo hace generando otras. Logra unas liberaciones concretas, pero provocando nuevas esclavitudes. ¿Será ésta la historia de la condición humana? ¿Lograr liberaciones sin alcanzar nunca *la* liberación? ¿Estar siempre comenzando, sin llegar nunca al fin? ¿Estar encerrados para siempre en esta coexistencia dolorosa de libertad y opresión, producción y destrucción, crecimiento y regresión, bienestar y miseria, vida y muerte?

- ***Necesidad de proyecto***

**24.** El hombre es siempre proyecto. Su vida tiene sentido en la medida en que es capaz de fijarse una meta de plenitud y de caminar hacia ella. Por ello, necesi-

tamos un para qué final, un objetivo último que sostenga la marcha incesante de los hombres. Pero no un final relativo que sería de nuevo «un medio disimulado», un objetivo transitorio, sino un fin último en el que el hombre pueda descansar. En definitiva, el hombre necesita de una concepción de lo que es él y de su realización final, que dé coherencia a nuestra actividad y canalice nuestros esfuerzos.

Las ciencias y el conocimiento técnico no nos pueden señalar los fines o el objetivo último de nuestra existencia. Sólo nos hablan de los medios más o menos aptos para mejorar el desarrollo y funcionamiento de nuestra vida.

Pero, si no podemos encontrar un fin absoluto, si no somos capaces de conocer en qué consiste ser hombre en plenitud y realizar la existencia de forma plenamente humana, ¿no se convierte toda nuestra existencia en un proyecto cerrado, una búsqueda aproximativa, un caminar absurdo y sin sentido? ¿No necesita el hombre una referencia absoluta, un Absoluto enraizado en el corazón de su existencia, en el que pueda encontrar descanso y plenitud?

- ***El sistema de valores***

**25.** El hombre sólo alcanza su meta de forma progresiva y a través de múltiples decisiones que, una y otra vez, ha de tomar a lo largo de su vida. La aceptación real y eficaz de un objetivo definitivo para la propia existencia personal lleva consigo la necesidad de escoger lo que es coherente con lo que uno quiere llegar a ser. La propia concepción de la vida debe traducirse necesariamente en una forma de actuar.

Todos sabemos que siempre nos encontramos ante múltiples posibilidades entre las cuales hemos de elegir para comprometernos en una dirección o en otra. Ahora bien, es imposible escoger si no es en función de unos valores determinados. Son estos valores que han de expresar y reflejar la concepción de la vida, la idea sobre la vida que queremos realizar.

Surge entonces en nuestra conciencia uno de los interrogantes más cruciales del hombre. ¿Cuáles son aquellos valores auténticos que hemos de perseguir si queremos avanzar hacia la liberación real y plena realización? Las ciencias nos pueden enseñar mucho acerca de los medios que podemos utilizar o los modos de funcionar en un campo u otro, pero nada nos dicen sobre los valores que hemos de escoger. Las ciencias no tienen conciencia y no nos pueden señalar el camino a seguir.

Y, sin embargo, no podemos dejarnos encerrar en un círculo de valores totalmente subjetivos, imprecisos o engañosos. Mientras los perseguimos, correríamos el riesgo de vaciar nuestra libertad de toda su dignidad. Tampoco podemos prescindir de todo valor, pues entonces nuestra vida sería un miserable fluctuar entre deseos insaciables o satisfacciones fugitivas y frustrantes.

¿No necesitamos de un sistema de valores, coherente con el auténtico ser y destino del hombre, que ilumine nuestra actuación práctica? ¿No nos es imprescindible someter los criterios subjetivos de actuar a unos valores objetivos, libres de las veleidades de nuestros intereses egoístas? ¿Es posible contar con un

sistema de valores objetivos y jerarquizado, sin referencia a algún Valor último y absoluto?

## **El hombre en busca de su realización**

**26.** Si nos miramos a nosotros mismos y miramos la historia de los hombres, descubrimos que el hombre es una alternancia constante de frustración y de confianza. Frustrado una y otra vez en sus aspiraciones, pronto se pone en marcha hacia nuevas metas.

- ***Frustración y confianza***

En nuestro pueblo estamos viviendo, tal vez con fuerza especial, una experiencia constante en la historia de los hombres. Se anuncian profundos cambios y grandes mejoras, se esperan importantes liberaciones y los frutos cosechados son sensiblemente inferiores a los deseados.

Habíamos pensado que el desarrollo de la sociedad moderna nos traería un bienestar y un nivel de vida siempre mejor, y de pronto nos hemos encontrado con la crisis, la inseguridad laboral y el paro.

Durante largos años, este pueblo ha esperado un marco político que le permitiera una participación real en su propio destino, una mayor intervención de los ciudadanos en la vida pública y un mayor protagonismo de los partidos políticos. A pesar de los logros alcanzados, hoy sigue el descontento y crece, incluso, el desencanto y la falta de fe en las soluciones políticas. Muchos esperaban que el desarrollo autonómico facilitaría el cese de la violencia y la posibilidad del diálogo político entre todas las fuerzas de Euskal Herria, pero la violencia continúa y el entendimiento político parece más necesario que nunca.

Creíamos que en una sociedad democrática podríamos convivir de manera más tolerante, respetuosa y pacífica, pero han surgido nuevos dogmatismos, ha aumentado el miedo mutuo, la inseguridad y la delincuencia.

Deseábamos un pueblo más unido y dialogante, con capacidad de buscar el bien común por encima de todo, y nos encontramos profundamente divididos, sin ponernos de acuerdo ante los problemas más fundamentales de la convivencia.

Y si volvemos nuestra mirada hacia la vida de cada persona, cuántas historias truncadas, cuántas vocaciones frustradas, cuántos amores humanos desmoronados, cuántas ilusiones rotas al pasar de los años, cuántos hogares deshechos, cuántas vidas inacabadas... Así vamos tejiendo nuestra historia los hombres, sin poder sustraernos a la frustración y al desencanto.

Pero, a pesar de todos los desengaños, el hombre vuelve a recomponerse una y otra vez. Vuelve a ponerse de pie en dirección a algo mejor, creyendo que esta vez lo logrará con más éxito. Así avanza nuestra historia.

En esta misma sociedad del pasotismo y desencanto, hay hombres y mujeres que buscan nuevas salidas: políticos empeñados en lograr el diálogo y la paz; gentes deseosas de una vida más sencilla y sobria; personas que han consagrado su vida al servicio de los pobres, los enfermos, los ancianos, los marginados; educadores entregados a promover una educación más humana; grupos que aprenden a compartir; personas en busca de silencio y vida interior; jóvenes inquietos de nuevo por lo religioso; movimientos pacifistas y grupos ecologistas; gentes que valoran de una manera nueva la fiesta, el ocio o el contacto con la naturaleza...

También hoy la vida merece ser vivida, a pesar de todo. Y hay que seguir luchando por un hombre y un mundo más humanos. Pero, ¿dónde se funda esta confianza que atraviesa al ser humano y le empuja a intentarlo todo de nuevo una y otra vez? ¿Hasta dónde puede llegar nuestro esfuerzo liberador? ¿Qué metas podemos alcanzar?

- ***Necesidad de plenitud***

**27.** El hombre lucha y busca siempre algo mejor, porque lo necesita. Pero, todo este esfuerzo, ¿no será, en definitiva, un esfuerzo muy noble pero irreal e inútil? ¿Hay alguna garantía de éxito para esta obstinada confianza del corazón humano?

**a) La fuerza del mal**

Todos sabemos que la liberación del hombre está siempre amenazada. Ningún movimiento renovador y transformador ofrece garantías de no degradarse para caer en nuevos doctrinarismos, totalitarismos y abusos contrarios a la dignidad humana. Siempre es posible para los hombres legitimar nuevas injusticias.

Por otra parte, a pesar de todos nuestros cálculos y previsiones, los procesos puestos en marcha pueden a la larga volverse contra el mismo hombre, destruyendo incluso lo que habíamos construido. ¿No está sucediendo esto en la sociedad moderna? Y entre nosotros, ¿no se está volviendo contra el mismo pueblo toda esa dinámica de violencia supuestamente orientada a su servicio?

Sería una ingenuidad creer que las estructuras políticas y socio-económicas que tenemos actualmente y las que podamos instaurar en un futuro, nos preservarán automáticamente del odio, el desprecio al otro, la voluntad de poder o la explotación. Las estructuras pueden facilitar una convivencia más justa, pero en la mejor estructura, el hombre puede ser injusto y malo.

Hemos de recordar, además, el carácter limitado de las estructuras. Con frecuencia, aseguran unos niveles de libertad, limitando o suprimiendo otras libertades. Resuelven una situación de injusticia, generando nuevas injusticias e inhumanidad.

Y luego, está siempre nuestra maldad, la de cada uno. Mi propia solidaridad con el mal, mi incapacidad para amar como desearía. Cada uno de nosotros

es fuente inagotable de agresividad, conflictos, divisiones, abusos, odios, injusticias.

Hemos de reconocer en nuestra existencia el misterio del mal, frente al cual el hombre parece impotente. ¿Quién nos librará de él?

### **b) La derrota de la muerte**

**28.** Son muchos los males que amenazan a cada hombre: la enfermedad, la soledad, la vejez, la depresión, la locura... Pero la última amenaza que nos atañe a todos de manera inexorable es esa muerte inserta en el corazón mismo de nuestra existencia.

Si queremos podemos ignorarla, pero la muerte está ahí como la más drástica «anti-utopía» de todas nuestras aspiraciones, desafío final a todos nuestros logros, trágica realidad que destruye de raíz todos nuestros proyectos individuales y colectivos.

Cualquiera que sea nuestra ideología, nuestra fe o postura ante la vida, hemos de saber que toda la humanidad, en última instancia, somos «una congregación de hombres frente a la muerte». Y si esto es así, ¿en qué van a terminar los esfuerzos, luchas y aspiraciones de tantas generaciones? ¿Qué final le espera a la historia dolorosa pero apasionante de esta humanidad?

Podemos decir que la vida tiene, a pesar de todo, su grandeza y dignidad, si vamos alcanzando niveles siempre mayores de justicia y liberación. Pero, ¿qué decir de esas incontables generaciones muertas sin haber alcanzado justicia alguna? Vidas perdidas y sacrificadas de seres humanos como nosotros, gentes a las que nadie devolverá ya la vida que se les quitó. ¿Qué esperanza puede haber para ellos? ¿Y qué esperanza podemos tener nosotros mismos que no tardaremos en formar parte del número de quienes no han visto cumplido sus anhelos, esperanzas y aspiraciones de libertad?

Si lo único que espera a cada hombre y, por lo tanto, a todos los hombres y al pueblo al que tanto amamos, es la nada, ¿qué sentido pueden tener todos nuestros esfuerzos y trabajos? ¿Qué quiere decir luchar por la «supervivencia» del pueblo vasco? ¿Qué sentido tiene una historia que engendra libertad para hacerla desaparecer inmediatamente en la nada? ¿Por qué hemos de construir con tanto esfuerzo y penalidades un pueblo y una solidaridad de carácter siempre provisional, que lleva dentro de sí esa muerte que muy pronto nos separará a todos de manera inexorable y definitiva?

## IV.- DIOS EN EL HORIZONTE DEL HOMBRE

**29.** Y sin embargo, el hombre sigue luchando tenazmente contra el mal, el sufrimiento y la muerte. ¿Por qué? ¿Qué espera en el fondo de su ser? ¿Hay algo que nos puede permitir no desesperar? ¿Una plenitud que cumpla nuestros anhelos y nos dé coraje para vivir e, incluso, para morir?

Os invitamos a deteneros un momento. Alguna vez hemos de escucharnos a nosotros mismos con tal sinceridad, dispuestos a acoger la llamada que se nos hace desde lo más hondo de nuestro ser. ¿No estaremos los hombres, aun sin saberlo, buscando a Dios? ¿No será Él el único que pueda responder a nuestros interrogantes y anhelos más profundos? Lo importante no es que escuchéis nuestras palabras. Lo decisivo es tratar de escucharle a Él mismo.

### **Luz en nuestras contradicciones**

**30.** El hombre no es sólo un problema a descifrar científicamente. Es un misterio al que no sabemos encontrar respuesta. Una contradicción que no somos capaces de iluminar con nuestra propia razón. ¿No necesitaremos una luz que nos revele qué hay de verdad en nuestras mentiras, qué hay de victoria en nuestras derrotas, qué de sentido en nuestros absurdos? ¿No estaremos los hombres necesitados de Alguien que nos ilumine para descubrir nuestra irrenunciable dignidad y nuestros límites, nuestra verdad última y nuestras falsas ilusiones?

Ciertamente, podemos prescindir de Dios una y otra vez en nuestra existencia individual y colectiva, pero, ¿no se convierte, entonces, el hombre en una pregunta sin respuesta? Expulsado Dios de nuestras vidas, encerrados en un mundo creado por nosotros mismos y que no refleja sino nuestras propias contradicciones, ¿quién nos puede decir quiénes somos y qué es lo que buscamos?

### **Orientaciones para nuestros esfuerzos**

**31.** El hombre es tarea. Aprende a ser hombre a través de lo que hace y de lo que vive. Pero la experiencia nos dice, una y otra vez, que no acertamos a orientar nuestra historia hacia aquello que nos puede hacer más humanos. ¿No necesitamos que Alguien nos indique el verdadero camino a seguir, más aún en estos tiempos en que el hombre ha de tomar decisiones cada vez más complejas y, al mismo tiempo, más trascendentales para su futuro?

Podemos, naturalmente, ignorar a Dios y acudir en cada momento a las normas de comportamiento que nos parezcan más oportunas, pero, ¿no nos iremos quedando cada vez más indefensos éticamente? ¿Quién podrá legitimar un marco de valores intangibles e inviolables para garantizar la dignidad de todo hombre?

Al hombre contemporáneo le resulta cautivador atribuirse a sí mismo el protagonismo total y exclusivo de construir la historia. Pero, ¿no es esto atribuirse un poder excesivo que en realidad no tiene? ¿No es exigirle algo que des-

borda sus posibilidades y puede llevarle a una alienación mayor? ¿Puede el hombre alcanzar con solas sus fuerzas la libertad que busca, o ha de abrirse para ello a una Libertad más plena que ha de acoger como don?

### **Confianza para nuestros fracasos**

**32.** El ser humano está clamando por un destino absoluto que los hombres en nuestra caducidad no podemos alcanzar. Desde el fondo de nuestro ser, anhelamos una plenitud total que luego no hacemos sino rebajar y malograr en nuestras vidas concretas. Nunca logramos todo lo que buscamos. Pero seguimos tanteando.

¿No está pidiendo toda la historia humana desembocar en una Plenitud infinita? ¿Hemos de aceptar como lo más humano y normal una existencia que no sea sino fluir desde la nada hacia la nada? ¿No será nuestra existencia más bien un fluir desde Dios hacia Dios?

Podemos intentar cumplir todos nuestros anhelos y aspiraciones en nosotros mismos, pero, ¿no estará nuestra plenitud en Otro al que podemos acoger como Don?

En definitiva, suprimido Dios, ¿no queda el hombre reducido a una pregunta sin respuesta, un proyecto imposible, un esbozo inacabado que se desvanece en la nada? Al final de todos los caminos, en el fondo de todos nuestros anhelos, en el interior de nuestros interrogantes más hondos, ¿no está Dios como único posible Salvador del hombre? Ese Dios del que muchos dudan y al que bastantes han abandonado. Ese Dios por el que tantos siguen preguntando. El Dios al que tantos creyentes seguimos invocando.

## V.- DIOS CON NOSOTROS

**33.** Nosotros creemos que el hombre no está abandonado a sus contradicciones, proyectos imposibles o sueños inalcanzables. Dios está con nosotros: compartiendo nuestra condición humana; crucificado por el mal y la injusticia siempre operantes en la historia humana; transformando nuestras derrotas y nuestra muerte en vida y resurrección final.

Creemos que Jesucristo es la clave del misterio humano, verdadera liberación del hombre, única salvación ofrecida a la humanidad. «El hombre que quiera comprenderse a sí mismo hasta el fondo... tiene que acercarse a Cristo con sus inquietudes, sus incertidumbres y hasta con su debilidad y su pecado»<sup>1</sup>.

A lo largo de la historia, no siempre hemos sabido los creyentes descubrir en Jesucristo toda la luz y el aliento que en Él se encierran para iluminar y salvar al hombre. El Concilio Vaticano II ha sido, sin duda, un acontecimiento de gracia para la Iglesia contemporánea y para nuestras comunidades cristianas. Su luz ha de ayudarnos a reavivar nuestra fe una y otra vez, descubriendo en ella la verdadera respuesta a los interrogantes y anhelos más profundos del hombre contemporáneo. «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado»<sup>2</sup>. Ésta es la fe que queremos anunciar a los hombres y mujeres de nuestra sociedad.

### Compartiendo nuestra condición

**34.** En Jesucristo ha sucedido algo tan grande y gozoso para el hombre, que resulta difícil de creer y sólo puede explicarse por amor: Dios ha querido hacerse hombre, compartir nuestra condición humana y vivir nuestra propia experiencia.

Dios ha querido ser hombre de una vez para siempre y con todas sus consecuencias. Ahora sabemos que nuestra pobre historia no discurre al margen de Dios. Dios no es algo cerrado en sí mismo, aislado de nosotros e inaccesible. Dios es precisamente apertura a la humanidad. Dios es amor al hombre.

Dios hecho hombre en Jesucristo es, para nosotros los creyentes, el acontecimiento decisivo para la historia humana. No ha sucedido ni podrá suceder nada más importante. Dios es ahora uno de los nuestros y ya no puede dejar de amarnos ni de preocuparse por esta humanidad en la que se ha encarnado y a la que Él mismo pertenece.

Nuestra vida, angustiada por un lado y llena de promesas por otro, le pertenece. Esta historia nuestra tan enigmática y extraña, tan atractiva a veces y tan sombría otras, no se está construyendo al margen de Dios. La historia misma de nuestro pequeño pueblo de Euskal Herria tan maltratado y tan hambriento de

---

<sup>1</sup> Juan Pablo II en su Encíclica *Redemptor hominis*, 4,10.

<sup>2</sup> Const. *Gaudium et spes*, 22,1.

paz y liberación no es sólo nuestra historia. Es historia asumida por Él. Historia que, de alguna manera, forma parte de la historia del mismo Dios.

**35.** De esta manera, Jesucristo se nos ofrece como el único «donde en realidad se esclarece el misterio del hombre»<sup>3</sup>. En Él se nos ilumina el proyecto humano y se nos revela como dinamismo hacia la plenitud misma de Dios. En Él podemos descubrir la dignidad última de los hombres llamados a compartir todos la vida misma de Dios.

Conociendo a Jesucristo podemos ir aprendiendo qué es el hombre y a qué se le puede dar el nombre de «humano». En Él descubrimos nuestras posibilidades y nuestros límites, lo que podemos y debemos ser, la verdad última enerrada en nosotros, e incluso, cómo vivir lo que nos parece más inhumano y cruel: el sufrimiento y la muerte.

**36.** La historia de los hombres ya no es un inmenso esfuerzo solitario sin fundamento ni garantía alguna de éxito final. En Jesucristo, Dios no sólo revela el sentido de nuestro caminar, sino que, inserto Él mismo en nuestra historia, la fundamenta y la sostiene. Él es quien impulsa el dinamismo humano y lo orienta hacia su verdadero destino.

La historia de los hombres ya no puede fracasar. Dios mismo está comprometido en su suerte final. Dios ha dado en Jesucristo «el sí» absoluto e incondicional al proyecto humano. La historia de la humanidad, la historia humilde de nuestro propio pueblo, la historia de cada hombre está fecundada por la presencia amorosa de Dios. Tantos esfuerzos, luchas y trabajos, aparentemente inútiles y baldíos, no se malograrán. Dios está con nosotros, con todos y cada uno de los hombres.

### **Crucificado por nuestra injusticia**

**37.** Dios ha vivido la solidaridad con el hombre hasta el final. No se ha quedado lejos, indiferente al sufrimiento humano, permitiendo que los hombres y mujeres sigan solos, luchando, protestando, sucumbiendo a su propia miseria y a la muerte. Dios ha querido asumir el sufrimiento del hombre como sufrimiento propio y se ha apropiado lo más terrible de la condición humana: la muerte.

Hecho hombre, Dios no evita ese peso inmenso de injusticia, irracionalidad, sufrimiento y maldad que atraviesa la historia de los hombres, sino que lo sufre junto a nosotros, lo comparte y es su víctima. Los sufrimientos, injusticias y crímenes que los hombres vamos sembrando en la historia le afectan al mismo Dios hecho hombre. La sangre que se derrama en nuestro pueblo, las torturas diferentes que se infligen, las opresiones que se soportan, las lágrimas y los sufrimientos más ocultos, los padece, de alguna manera, el mismo Dios.

**38.** La Cruz nos revela así, al mismo tiempo, la miseria y maldad ilimitadas del hombre y el amor inmenso de Dios que asume a los hombres en su miseria.

---

<sup>3</sup> Const. *Gaudium et spes*, 22,1.

La Cruz nos enseña a desconfiar de cualquier supuesta humanidad y bondad engañosa de los hombres. El crucificado nos desenmascara y descubre la capacidad que tenemos siempre los humanos de suprimir y matar al inocente. Ante la Cruz quedan desmitificados para siempre nuestros falsos optimismos sobre el hombre y nuestros ingenuos mesianismos.

Pues a Jesús se le mata porque los hombres no toleran la defensa del pobre ni el desenmascaramiento de la hipocresía ni la denuncia de la injusticia y de los abusos cometidos en nombre de la religión o el orden político. A Jesús se le mata porque es bueno, porque no pacta ni retrocede ante lo que está mal, porque es fiel hasta el final. Se le mata porque los hombres matamos.

**39.** Pero la Cruz nos revela, al mismo tiempo, el amor radical de Dios al hombre y fundamenta nuestra confianza suprema en Él.

Dios se hace solidario de los que no tienen rostro humano. Asume el sufrimiento de los que han perdido su humanidad, de los abandonados, de los que no encuentran un lugar para ellos en ninguna sociedad, de los «no-hombres», de aquellos con los que no se puede hacer ninguna revolución, los auténticamente desesperanzados.

Por eso, la Cruz es el acontecimiento decisivo de nuestra salvación. Ahí se nos revela el hombre en todo su abandono, miseria y fracaso, y Dios en su amor inmenso como Padre de los abandonados y crucificados. El hombre, atrapado en la red implacable del mal y de la muerte, y Dios, en su entrega total a los hombres.

Esa Cruz es nuestra esperanza. Mientras en nuestra sociedad actual unos piden señales, pruebas, eficacia, técnica, y otros exigen sabiduría, racionalidad y ciencia, «nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y necesidad para los gentiles» (1 Co 1,23). Esta Cruz es nuestra salvación.

No salvan las ideologías. No salva la técnica, el desarrollo, la violencia o el poder. Pueden lograr resultados diversos, pero sólo salva al hombre el amor de Dios, su fuerza reconciliadora y su entrega a los hombres.

En este Crucificado se podrán reconocer todos los que pierdan su humanidad, los humillados por la desgracia, los abatidos por la violencia, los oprimidos por la injusticia, los excluidos de la sociedad, los torturados, los despreciados, los moribundos. Este amor del Dios crucificado no nos salva *de* nuestras contradicciones y sufrimientos arrancándonos del mundo o dispensándonos de los riesgos de esta historia terrestre. Pero nos salva *en* nuestros males y sufrimientos, encarnándose Él mismo en nuestra impotencia y abandono y ofreciéndonos la esperanza de la resurrección.

### **Resucitado por nuestra salvación**

**40.** La muerte de Jesús ha terminado en resurrección y aquella vida crucificada ha sido asumida en la realidad última y definitiva de Dios.

Esta resurrección de Jesucristo constituye para nosotros los creyentes el fundamento más sólido para la esperanza. Ahora sabemos que nuestra muerte puede ser asumida dentro de un proyecto que llega más allá de esta vida. La muerte no tiene la última palabra. La Vida es mucho más que esta vida.

La resurrección significa para los hombres la superación definitiva y plena de toda contradicción, la eliminación de todos nuestros problemas y sufrimientos, la liberación final de nuestra libertad. En la resurrección llegaremos, por fin, al secreto de nuestra verdad última, pasaremos de la oscuridad a la luz y quedará destruida la muerte bajo todas sus formas.

No será un corte de nuestra historia, una mera ruptura de nuestra vida, sino su transformación y culminación. «Se siembra lo corruptible, resucita incorruptible; se siembra lo miserable, resucita glorioso; se siembra lo débil, resucita fuerte» (1 Co 15,42-43). Regresa a Dios el hombre entero, su mundo concreto y su historia personal y colectiva. No sólo los individuos sino su vida entera, sus luchas, sus esfuerzos, sus lágrimas y también sus logros y sus gozos. La resurrección de las personas arrastra consigo a los pueblos y sus historias maltrechas. También nuestro pueblo tiene un lugar en el corazón eterno de Dios. En Él quedará transfigurada y alcanzará nuestra historia la verdadera paz.

**41.** En la resurrección de Jesús se nos revela la intención definitiva de Dios acerca del hombre. Dios es fiel. No defraudará las esperanzas de quienes lo invocan con fe. Él busca la salvación del hombre, incluso por encima y más allá de la muerte.

Él mismo se nos revela como el futuro definitivo que espera a los hombres. En Él tenemos una patria última de reconciliación y de paz.

Se nos revela así el hombre llegado a su cumplimiento. El Hombre Nuevo realizado en todas sus dimensiones, el hombre esperado aunque todavía oculto.

La alienación, la injusticia, la violencia no tienen la última palabra. El mal ha sido despojado de su poder absoluto. Ningún verdugo triunfará sobre su víctima. Hay esperanza para todos, incluso para aquellos que a lo largo de los siglos han sido vencidos, humillados y sacrificados, y hoy están ya olvidados.

Pero no todos resucitarán a la vida eterna de Dios. El hombre que, de manera plena y deliberada, rehúsa realizarse en el amor y la justicia, no alcanzará nunca su liberación final. El mundo es «juzgado» en Jesucristo. Quienes no lo acojan, no conocerán jamás su verdad plena ni encontrarán la paz final. Pero todos aquellos que luchan por ser cada día más humanos, un día lo serán. Todos los que se consagran a construir un mundo más humano, un día lo conocerán. Todos los que, de alguna manera, hayan creído en Cristo, un día conocerán la Vida. Ésta es su llamada: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá. Y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees tú esto?» (Jn 11,25).

## VI.- HOMBRES Y MUJERES NUEVOS

**42.** Para los creyentes, Jesucristo es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). Siguiéndole a Él, hallamos el verdadero camino en la existencia; conociéndolo, encontramos nuestra verdad; esperando en Él, alcanzamos la plenitud de nuestra vida.

Nuestra existencia está salvada. Nosotros creemos que Jesucristo ha introducido la presencia salvadora, liberadora, humanizadora de Dios en el interior mismo de nuestras vidas, pues «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones» (Rm 5,5). Estamos salvados porque podemos compartir el mismo destino de Jesús, y vivir, morir y resucitar como Él.

Los interrogantes, sufrimientos y contradicciones no han desaparecido de nuestra existencia ni desaparecerán en el futuro. Nuestra salvación es humilde, realista, nada ilusoria. Todavía permanece oscura en medio de la ambigüedad de nuestras vidas, pero es verdadera. Es salvación gratuita e inmerecida que acogemos como don y promesa, pero es segura. Está acosada por el mal y sometida a la ley de la cruz, pero encierra eficacia eterna.

«El que está en Cristo es un hombre nuevo; lo viejo ha pasado; una realidad nueva está presente» (2 Co 5,17). Inmersos en tantas preocupaciones, ocupados cada uno en diferentes tareas, agitados por tantos problemas, atraídos por mil intereses, ¿cómo vivir hoy en medio de esta sociedad y de este pueblo como hombres y mujeres nuevos? ¿Cómo vivir con el Espíritu nuevo que animó la vida de Jesús? ¿Cómo proseguir hoy su existencia? ¿Cómo conseguir su plenitud?

### Hijos de Dios

**43.** En Jesús se nos revela que el hombre encuentra su verdadero rostro humano cuando se descubre a sí mismo como hijo de Dios y vive como tal. Jesús es un hombre que alcanza su plenitud humana precisamente porque vive abierto a Dios de una manera única e insuperable, con una existencia filial que se fundamenta totalmente en Él. Jesús es un hombre que vive desde Dios y para Dios.

Esta vinculación radical a Dios no lo deshumaniza. Al contrario, es lo que precisamente lo realiza como hombre pleno. No es una dependencia infantil o neurótica. No lleva a Jesús a una existencia mecánica o pasiva. Su vida, desde el Padre y para el Padre, se nos revela como un despliegue de creatividad libre y adulta.

Para Jesús realizar fielmente la voluntad de su Padre no es algo extraño, una actividad que se le impone desde fuera coartando o anulando su propia actividad y autonomía. Al contrario, lo que alimenta su vida es hacer esa voluntad (Jn 4,34). Sólo así es fiel a sí mismo y alcanza su perfecta libertad.

Ahí descubrimos los creyentes la verdad más profunda del ser humano. Sólo cuando se conoce y acepta a sí mismo como hijo de Dios, llega el hombre a

conocer con más profundidad el misterio de su Ser, a plantearse de manera más radical y responsable el sentido de su vida, y a ser más dueño y señor de su propio destino individual y colectivo.

- ***Apertura confiada a Dios***

**44.** Muchos hombres y mujeres de hoy viven con la oscura convicción de que Dios es una presencia opresiva y dañosa para el hombre. Dios no nos deja ser ni nos deja disfrutar. Es hora de ir prescindiendo de Él para alcanzar nuestra madurez. Somos lo suficientemente adultos para tomar la existencia en nuestras propias manos, sin necesidad de ningún dios.

Que el hombre sea el dios y creador de sí mismo es ciertamente cautivador, pero no significa que lo haga más humano. Al contrario, ¿no será cargarlo con unas exigencias demasiado absolutas que sólo pueden desbordarlo y llevarlo al desengaño? El hombre moderno ve fácilmente en Dios un rival molesto e incómodo del que se puede prescindir como de algo superfluo. Pero, ¿no será justamente Dios el Otro a quien necesitamos para no perdernos?

Nosotros creemos que el hombre sólo puede afirmarse a sí mismo cuando es capaz de abrirse a Dios, su Creador y Padre. A la luz de la fe cristiana, intuimos que Dios, lejos de ser freno y obstáculo para el hombre moderno, es el único que puede orientar e impulsar de manera verdaderamente humana su actual dinamismo.

El hombre contemporáneo ha pretendido ser dios, pero sabe que no lo es. Ha querido ser autosuficiente, pero comienza a descubrir que no se basta a sí mismo. ¿No ha llegado el momento de ser más realistas y aceptar los límites de nuestra ciencia, de nuestro poder y nuestra técnica? ¿No hemos alcanzado ya ese punto crucial en el que empezamos a intuir que, para crecer, hemos de hacernos más pequeños y que, para ser humanos, hemos de acoger a Dios? Tal vez, Dios esté hoy llamando de nuevo con fuerza a las puertas del ser humano. Nuestra tragedia puede estar en que encuentre el sitio ocupado orgullosa o inconscientemente por nosotros mismos.

- ***Aceptar a Dios como Señor***

**45.** Jesús es sorprendentemente libre, precisamente porque no rinde su ser a nada ni a nadie que no sea su Padre. Sólo quien adora a Dios como absoluto tiene la capacidad de no ceder a las diversas esclavitudes de la vida. Por eso, sentimos también hoy la necesidad de escuchar la profunda llamada de Jesús: «Sólo si el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres» (Jn 8,36).

Los hombres y mujeres de hoy comenzamos a constatar que no se puede impunemente sustituir a Dios por cualquier ídolo. Sencillamente porque, entonces, se desencadenan toda clase de desengaños, crisis y frustraciones, al esperar de las cosas lo que sólo podemos esperar de Dios. No se pueden absolutizar falsamente aspectos parciales de nuestra existencia, sin terminar mutilando gravemente nuestro ser.

Nos apena ver a tantos hombres y mujeres de nuestra sociedad, esclavos de esos ídolos que deshumanizan en un grado u otro al hombre moderno: el dinero, el consumismo disparatado, el prestigio social, la apariencia física, el rendimiento y la producción, los partidos, el progreso técnico... Nos hace sufrir el ver que se puede absolutizar entre nosotros una ideología, una alternativa política o un ideal de pueblo hasta el punto de mutilar dimensiones esenciales del ser humano, e incluso de sacrificar su vida.

¿No ha llegado el momento de situar las cosas en su verdadero lugar? ¿No ha llegado la hora de recomponer nuestra vida individual y nuestra convivencia socio-política sin dejarnos esclavizar de manera tan inconsciente y engañosa? ¿Y quién nos puede ayudar como Dios a relativizar nuestros falsos ídolos y rescatar de nuevo nuestra verdadera dignidad?

- ***Acoger a Dios como gracia***

**46.** Jesús no vive su vida de manera cerrada y solitaria, como algo que Él mismo va produciendo y fabricando penosamente. Jesús vive acogiendo gozosamente su existencia desde un Padre del que lo recibe todo. Es el Padre quien «le da al Hijo el tener vida en sí mismo» (Jn 5,26).

Su continua acción de gracias al Padre no es el cumplimiento de una deuda de gratitud por los beneficios recibidos. Es, más bien, el modo propio de existir de quien se sabe a sí mismo don del Padre y acoge la vida como regalo. Es alegría maravillada de ser bendición y alabanza a Dios por su presencia salvadora en medio de los hombres, especialmente de los pequeños (Lc 10,21).

El hombre moderno vive hoy profundamente configurado por el esquema de productividad. Valora la vida de las personas por lo que tienen de utilidad, rendimiento o éxito. Se ve a sí mismo como productor, y corre el riesgo de asfixiarse en su activismo y sus propios éxitos. Y, naturalmente, cuando ya no puede rendir como se espera de él, se siente inútil y sin provecho alguno.

Illuminados por la fe cristiana, nosotros creemos que el hombre no es producto exclusivo de sí mismo. La vida no se reduce a trabajo y producción humana. La existencia, en su misma raíz, no es fabricación sino acogida. Cuando los hombres vivimos sólo bajo el signo de nuestro propio trabajo y rendimiento, nos estamos separando del misterio más hondo de nuestro ser y dejamos de saborear lo más profundo de la vida.

Cuando los padres no saben venerar en el nacimiento de sus hijos el origen misterioso de la vida; cuando hombres y mujeres reducen el amor o la amistad a puro negocio emocional o intercambio mutuo de satisfacciones, sin percibir nunca a Aquél que es la fuente de todo verdadero amor; cuando los hombres sólo interrumpen su trabajo semanal para iniciar durante el fin de semana el trabajo no menos penoso de tratar de divertirse, sin acertar a descansar bendiciendo al Creador; cuando, al sentarnos a la mesa, no sabemos agradecer a Dios, el pan de cada día, entonces nuestra vida se empobrece y trivializa en su misma raíz.

Estamos convencidos de que vivir en el horizonte de un Dios Creador, fuente de vida y de gracia, no conduce a la pasividad y al abandono, sino a la afirmación gozosa de la existencia y a la verdadera creatividad humana y humanizadora.

- ***Obediencia filial a Dios***

**47.** Sólo en la obediencia y entrega total al Padre, alcanza Jesús su total libertad. Y sólo en obediencia a Dios crece, se desarrolla y enriquece la verdadera libertad de todo hombre.

La obediencia filial a Dios no des-responsabiliza al hombre, no anula su iniciativa y libertad, sino que las suscita, las orienta y las hace crecer. Sólo respondiendo a Dios, se hace el hombre verdaderamente responsable. Sólo entonces se encuentra extrañamente libre frente a todo y frente a todos, con la «libertad de los hijos de Dios».

Nos entristece ver cuántos hombres y mujeres se han ido alejando de Dios por ver en Él una presencia exigente que hace más incómoda y pesada la vida. Alguien que impone toda clase de cargas, leyes y prohibiciones, haciendo la vida siempre más dura y difícil.

Apoyados en Jesucristo, queremos decirnos a todos que Dios no es carga, sino mano tendida y ayuda ante la dura tarea de la existencia. La luz que nos viene del Dios de Jesucristo para iluminar nuestro comportamiento moral no pretende agravar nuestra miseria, sino ofrecernos el camino de una vida más humana para todos. Nos preparamos una trampa trágica cuando abandonamos a Dios para crearnos una vida más fácil y llevadera.

Si suprimimos a Dios como guardián del hombre y fundamento de la vida moral, ¿cómo sabremos qué es lo bueno para el hombre, lo justo, lo digno? ¿Cómo evitaremos que los valores se reduzcan a opiniones discutibles cuyo conflicto sólo podrá ser resuelto por la fuerza, la imposición de la mayoría o el juego de los diversos intereses?

La conciencia del hombre moderno se irá degradando y perdiendo sensibilidad en la medida en que se vaya alejando de Dios. ¿Dónde apoyarán nuestros educadores sus orientaciones éticas? ¿A qué se remitirán los políticos al tratar de imponer sus modelos de sociedad y sus estrategias? ¿Dónde y por qué se detendrán los científicos, los técnicos y los poderosos de la tierra para no terminar violando la dignidad del hombre?

## **Todos hermanos**

**48.** En Jesucristo se nos revela que el hombre sólo puede ser hijo de Dios siendo hermano de los demás. Jesús vive enteramente para Dios viviendo enteramente para los otros.

Para Jesús, este amor fraterno a los hombres no es una obligación que asume con decisión y generosidad. Su ser mismo de Hijo de Dios es apertura

fraterna a los hombres. Su vida es plenamente humana porque es entrega incondicional. Jesús crece como hombre libre existiendo radicalmente para los demás.

Los hombres contemporáneos lanzan consignas verbales de solidaridad y unión, pero temen la verdadera fraternidad. Cada uno corre tras sus propios intereses tratando de buscar su «salvación». Cada uno pretende asegurarse su pequeña felicidad, reivindicando sus propios derechos y defendiendo su bienestar. Pero, ¿es suficiente asegurar una convivencia reducida a simple correlación de derechos y obligaciones? ¿Basta organizar nuestra vida social como una mera asociación de intereses personales?

A la luz de Cristo constituido como «primogénito de una muchedumbre de hermanos» (Rm 8,29), nosotros creemos, más bien, que sólo el descubrimiento de la fraternidad cristiana puede suscitar entre nosotros unas relaciones más humanas y humanizadoras.

- ***Actitud fraterna***

**49.** Los hombres somos profundamente humanos con los demás cuando descubrimos que el otro es mi hermano, no sólo porque pertenecemos a la misma especie o al mismo pueblo, sino porque tenemos un origen y un destino común de ser todos hijos de Dios. Es entonces cuando miramos al otro de una manera nueva como alguien que no es extraño ni ajeno a mi existencia.

Jesús actúa siempre desde esta actitud fraterna. La relación que establece con las personas no es legalista, utilitaria, clasista, sino radicalmente fraterna. Por eso es siempre relación abierta, cordial, universal. Todos son su prójimo. A todos se acerca como hermano.

En la sociedad actual estamos reduciendo, con frecuencia, nuestras relaciones a mutuo intercambio útil o placentero, donde cada uno busca siempre su propio interés. Por otra parte, todos nos damos cuenta de que la incomunicación, la falta de diálogo, la insolidaridad no nos pueden conducir al bien común. ¿No necesitamos un espíritu nuevo de fraternidad que nos libere de ese egocentrismo que es, en buena parte, la matriz de muchos comportamientos sociales? ¿No será el redescubrimiento de la vida fraterna lo que puede salvar a tanto hombre solitario, incomunicado y enfermo?

- ***Respeto total al otro***

**50.** La fraternidad exige respeto total al hermano. Jesús no humilla ni manipula. Su respeto a la persona es absoluto. Puede ser judío o pagano, varón o mujer, justo o pecador, adulto o niño, sano o leproso. A todos acoge y respeta, incluso cuando denuncia sus injusticias.

Respetar al hermano exige no reducirlo nunca a cosa. No podremos levantar una sociedad humana si atribuimos a las personas un «valor comercial», las utilizamos como máquinas de trabajo o las manipulamos de mil maneras para diferentes intereses económicos y políticos. No haremos una sociedad más hu-

mana sacrificando o eliminando a los individuos en función de un supuesto bien del pueblo.

Destruiremos nuestra convivencia si tratamos de conseguir nuestros objetivos como sea, pasando por encima de quien sea, compitiendo despiadadamente contra los que obstaculizan nuestro camino.

Nuestro pueblo lleva muchos años padeciendo una violencia que la gran mayoría de nuestras gentes rechaza como medio legítimo y digno para alcanzar unos objetivos políticos. Otros sin embargo siguen pensando que es un mal necesario. Una vez más queremos decir a nuestro pueblo que todos los hombres somos hermanos y nuestra vocación no es la de vivir destruyéndonos unos a otros. Esta condición de hermanos nos urge a rechazar no sólo los procedimientos violentos sino también las raíces que originan la violencia, sean personales o institucionales.

Cuando se pierde el sentido de fraternidad, cualquiera puede ser presa del otro, cualquiera puede ser eliminado. Siempre se encuentran razones. Despojados de nuestra dignidad de hijos de Dios, todos quedamos indefensos.

Queremos denunciar de manera particular esa supremacía masculina que hemos consolidado durante siglos los varones y que nos lleva a dominar de manera injusta a la mujer. Su infravaloración, su utilización como objeto sexual, las violaciones, los malos tratos, las discriminaciones, el abuso frecuente en el interior del hogar, están manifestando un comportamiento masculino profundamente viciado, donde falta respeto fraterno a la mujer, y una necesidad de cambio y conversión que a los varones nos cuesta tanto admitir.

- ***Solidaridad con el necesitado***

**51.** Jesús vive en actitud de solidaridad y servicio incondicional. «No para ser servido sino para servir» (Mc 10,45). Su preocupación es el hombre necesitado. Jesús no permanece indiferente ante las necesidades e injusticias que encuentra en la sociedad. Siempre se le encuentra junto a los pobres, los marginados, los desprestigiados, los enfermos, los abandonados. Siempre junto a los que más le necesitan para ser humanos. Identificado con los más pequeños. Lo que a ellos se les hace, se le hace a él (Mt 24,40).

A unos les ofrece salud mental o física, a otros les garantiza el perdón y los libera de la culpabilidad. A unos les da de comer, a otros les contagia su fe. Rompe toda clase de barreras sociales, políticas o religiosas entre los hombres, ayuda a la gente a vivir en verdad. Crea siempre fraternidad. A todos ofrece esperanza.

Estamos equivocados cuando pretendemos afirmarnos como personas negando a los demás o ignorando sus problemas y necesidades. Sólo la solidaridad con los necesitados y el servicio y la ayuda generosa dan un rostro humano a nuestras vidas. Sustraernos a los demás y pretender ser humanos en nuestro pequeño mundo de intereses, es traicionarnos como hombres.

Estamos convencidos de que la humanización de esta sociedad pasa por una profunda conversión del individualismo a la solidaridad. No construiremos una sociedad más humana dejando descolgados a otros hermanos, sin posibilidad alguna de salir adelante. No haremos una reconversión industrial digna del hombre, dejando a un lado a los más débiles e indefensos. No construiremos humanidad, permitiendo la destrucción lenta de los sectores marginados.

## **Con señorío sobre el mundo**

**52.** La actuación de Jesús en relación al mundo es de señorío responsable. Cercano a la naturaleza, libre frente a las cosas, en actitud abierta y simpática hacia todos los seres, se mueve en medio de un mundo abierto a los planes de Dios sobre los hombres.

En Cristo se nos revela a los creyentes la verdad última de este mundo que habitamos y del que formamos parte. Ahora sabemos que «Dios ha amado tanto al mundo que ha dado a su Hijo único» (Jn 3,16). Este mundo sufre todavía «dolores de parto», pero está llamado ya desde ahora a transformarse en «unos cielos nuevos y una tierra nueva donde habitará la justicia» (2 P 3,13).

Pero nosotros vivimos hoy en un mundo cada vez más explotado por el hombre y más artificial. Un mundo que nos devuelve agigantadas nuestras sombras y contradicciones. ¿Cómo entender este mundo moderno y vivir en él de manera humana?

### **• *Un mundo abierto a Dios***

**53.** Jesús existe ante Dios y sólo así se enfrenta al mundo como algo abierto al proyecto del Padre sobre los hombres. Este mundo es creación de Dios. Él está en su origen, en su desarrollo y en su plenitud final. De Él recibe su sentido.

Por eso, precisamente, Jesús vive el mundo como símbolo, como revelación y parábola que le ayuda a descubrir al «Padre de los cielos» y anunciar a los hombres el sentido de la existencia. Sus inolvidables parábolas están hechas de mundo, de experiencia terrestre.

Pero el hombre actual está echando a Dios del mundo. En su noble esfuerzo por hacer de la tierra una morada más segura y confortable, se ha creído dueño absoluto del mundo. Pero, ¿no es entonces precisamente cuando lo está perdiendo?

Hemos hecho del mundo un «material de trabajo», una inmensa fábrica de producir y consumir objetos. De esta manera, el mundo se va cerrando cada vez más sobre unos hombres replegados sobre sí mismos. La naturaleza ya apenas nos revela nada. El mundo no nos remite a algo más trascendente y sagrado. Corremos el riesgo de admirar sólo y exclusivamente nuestro propio poder reflejado en los objetos que fabricamos, sin percibir agradecidos la presencia del Creador en el mundo y en la vida.

Cuántos hombres y mujeres viven hoy acaparados por las cosas. Dispersos en mil objetos que utilizan cada vez con menor capacidad de darles valor y sentido. Las cosas ya no nos orientan hacia nada más profundo. Simplemente, nos retienen.

¿Es éste el mundo que queríamos? ¿Nos sentimos humanos encerrados cada uno en nuestro pequeño cosmos artificial, cogidos por las cosas, sin apenas capacidad alguna de contemplar el mundo, detenernos a escuchar el misterio de la vida, dejarnos sobrecoger por su fuerza o su belleza? ¿No se empobrece radicalmente nuestra morada terrestre cuando impedimos que nos manifieste al Creador?

- ***Un mundo al servicio del hombre***

**54.** Jesús no vive apegado egoístamente a las cosas. No se deja dominar por los bienes. Constantemente advierte a los hombres del riesgo que corren si se dejan esclavizar por las riquezas. No se puede ser libre ante Dios y, al mismo tiempo, servir al dinero (Lc 16,13).

Jesús considera el mundo como creado por Dios para servicio del hombre. Por eso condena tanto la riqueza que esclaviza como la miseria que humilla (Lc 6,20-26). El mundo está ahí para ser compartido fraternalmente. Todos tienen derecho a sentarse a la mesa de la tierra.

El hombre contemporáneo, cada vez más eficaz y poderoso, ha querido dominar la materia y energía del mundo. Pero al no saber él mismo hacia dónde orientar su existencia, ha construido un mundo que ahora se vuelve contra él.

Estamos edificando una civilización de cosas más que de personas. Un mundo extraño donde los hombres poseen cada vez más cosas, y sienten cada vez más necesidades. Una sociedad donde se progresa en medicina, bienestar y confort, y donde se incrementan las enfermedades síquicas, la inseguridad y el vacío interior.

Estamos persuadidos de que necesitamos recuperar de nuevo el verdadero sentido de las cosas poniendo el mundo al servicio de un hombre más humano. Muchos de nosotros tenemos demasiadas cosas para poder disfrutar de la vida con paz y gozo interior. Necesitamos un estilo de vida más sobrio y sencillo, recuperar el gusto por la naturaleza y la expansión del espíritu, aprender a disfrutar de los placeres sencillos y naturales. Reorientarlo todo de manera más correcta según aquellas palabras de S. Pablo: «Todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios» (1 Co 3,22-23).

Pero, en nuestro disfrute, no podemos olvidar que vivimos un mundo que no es compartido por todos de la misma manera, sino explotado en beneficio de los más poderosos o menos escrupulosos. Habitamos una tierra parcelada y dividida injustamente entre los hombres. Un mundo en pecado que gime por la injusticia de los hombres y de los pueblos.

No es humano acaparar sólo para nosotros más de lo que necesitamos, mientras hay hermanos que carecen de lo indispensable. No podemos seguir

derrochando dinero y recursos en cosas superfluas y menos aún destructoras, mientras otros no tienen lo necesario. Hemos de encontrar caminos para repartir más equitativamente los costes de la actual crisis y ese bien escaso que es el trabajo. No debemos seguir apoyando de manera irracional el crecimiento hacia adelante sin pensar en tantos que quedan descolgados.

- ***Respeto y cuidado del mundo***

**55.** Este mundo le ha sido entregado al hombre para su cuidado y acabamiento. Pero los hombres han desencadenado tantos y tan graves procesos de destrucción y han llevado tan lejos su agresión a la naturaleza que la humanidad comienza a preguntarse qué ha de hacer para asegurar un mundo en el que pueda sobrevivir.

El desastre sólo puede ser evitado cambiando de rumbo. Pero no basta para ello sustituir las tecnologías «sucias» por otras más «limpias» o la industrialización «salvaje» por otra más «civilizada». Es necesaria antes una decisión ética que urja a los hombres a sustituir el egoísmo individual y colectivo por una actitud nueva de fraternidad efectiva y sacrificada al servicio real de la humanidad. Es necesario aprender a habitar esta tierra de otra manera descubriendo una relación más humana con los demás hombres, con todos los seres creados y con Dios que da sentido a la creación entera.

A la luz de la fe cristiana, creemos que es urgente una actitud nueva que ha de preceder a cualquier planteamiento científico o tecnológico. Una actitud de fe en la presencia del Creador que puede ayudarnos a recuperar una visión unitaria del hombre y de su mundo. Una postura de fraternidad universal real hacia todos los hombres y todos los pueblos. Un respeto y simpatía por todos los seres, un sentido de comunión con la creación entera y un amor grande a todo lo vivo.

Preocupados por otros problemas urgentes e inmediatos, fácilmente podemos perder esta visión amplia y universal de nuestra existencia. Hemos de promover entre nosotros una sensibilidad nueva ante el cosmos.

Reaccionar con firmeza ante las graves agresiones que se cometen contra la naturaleza, oponernos a una carrera armamentista que pone en peligro la tierra entera, apoyar todo aquello que promueva la paz entre los pueblos. Animados por ese espíritu buscaremos con más decisión la paz en nuestro propio pueblo y cuidaremos más y mejor esta pequeña tierra de Euskal Herria que se nos ha regalado como morada.

### **Comprometidos en una humanidad nueva**

**56.** En Jesucristo no solamente se nos descubre el verdadero rostro del hombre, sino que se nos llama a todos a construir una humanidad renovada, más justa y fraterna.

Seguir a Jesús es colaborar decididamente en el crecimiento del hombre. Contribuir a la instauración de un orden de cosas siempre más humano. Comprometerse en un proceso de cambio y transformación de la sociedad.

Para ello, no encontramos en Jesús un proyecto político. No nos ofrece tampoco la estrategia concreta a seguir en cada situación, ni siquiera un marco o normativa legal para ser aplicada en cada circunstancia histórica.

Lo que en Él se nos ofrece es la posibilidad de vivir, animando con su mismo Espíritu la construcción de una humanidad nueva.

- ***La lucha contra el pecado***

**57.** El análisis científico de la realidad no nos proporciona la razón última del mal que oprime al hombre. No es suficiente detectar las causas sociológicas o psicológicas de las diversas alienaciones para llegar a la raíz de la esclavitud del ser humano. El mal que esclaviza al hombre, y que los cristianos llamamos *pecado*, no depende sólo y exclusivamente del mal funcionamiento del siquismo humano o de las estructuras socio-económicas.

Es algo más radical y trágico. Es la incapacidad de amar con amor total, gratuito, perseverante, universal. Incapacidad que cada uno de nosotros observamos a nivel individual y que luego se agrava y se multiplica de diversas maneras al entrar en juego las relaciones entre los diversos individuos y grupos.

Para Jesús ese pecado es una realidad que afecta a lo más profundo del ser humano y lo va deshumanizando tanto individual como socialmente. «Todo el que comete pecado es un esclavo» (Jn 8,34). El hombre pretende autoafirmarse, pero al no acoger a Dios como Amor salvador y al cerrarse al otro como humano, se pierde a sí mismo y termina por caer esclavo de su propio egoísmo.

¿No necesitamos los hombres de hoy descubrir, con más lucidez, toda la profunda opresión del pecado y no sólo como un dato abstracto de la condición humana, sino como un mal muy concreto que se encarna en cada uno de nosotros y toma cuerpo en las instituciones injustas, en las costumbres inhumanas, en las estructuras económicas y los mecanismos políticos que generan discriminación, violencia, injusticia y marginación?

Todo el mensaje y la actuación de Jesús es una llamada a acoger a Dios como perdón y gracia que puede sostener nuestros esfuerzos y nuestra lucha contra ese pecado deshumanizador. La presencia de Dios entre los hombres no tiene otro objetivo sino transformar nuestra historia, liberar al hombre de su propia injusticia e irnos conduciendo hacia la erradicación de toda esclavitud.

Por eso, precisamente, el pecado según Jesús no es sólo algo que siempre puede ser perdonado, sino un mal que debe ser quitado y arrancado de la humanidad. Él mismo ha venido a «quitar el pecado del mundo» (Jn 1,29).

Esta lucha contra el pecado se concreta en un esfuerzo por subordinarlo todo a la liberación del hombre. Cuando el poder busca primeramente su propia afirmación y se convierte en instrumento de control, violencia y opresión a las personas o los grupos; cuando la economía ignora las necesidades más vitales de los hombres; cuando las estructuras, las instituciones o las ideologías se convierten en absolutos que se siguen defendiendo, aunque provoquen discriminación, explotación o marginación; cuando el dinero, el sexo o el bienestar se per-

vierten hasta impedir el crecimiento integral de la persona, allí se produce pecado e inhumanidad.

Cualquier reforma o cambio, que no toque entonces la estructura profunda de las cosas para ponerlas al servicio de un hombre liberado, podrá ser un logro estimable pero no abrirá un verdadero horizonte al ser humano.

- ***Creación de una sociedad más justa y fraterna***

**58.** Quien acoge a Dios como Padre se siente llamado a vivir de manera plenamente responsable ante el hermano. El que entiende el mensaje de Jesús, sabe que somos hijos de Dios construyendo fraternidad, nos vamos haciendo justos ante el Padre buscando la justicia de Dios entre los hombres, vamos creciendo en libertad colaborando en la liberación de los otros.

Desde aquí hemos de entender la llamada de Jesús a vivir el amor liberador como única ley desde la cual se han de medir todas nuestras actuaciones, estructuras e instituciones. Lo decisivo siempre es el hombre y su crecimiento como persona libre y capaz de vivir de manera cada vez más fraterna. Este amor al hombre nos está exigiendo un esfuerzo constante de transformación o eliminación de toda estructura, organización u ordenamiento que favorezca el mantenimiento o desarrollo de injusticias, opresiones o discriminaciones.

Sería una equivocación reducir el amor cristiano a un estilo de vida de amistad y armonía con las personas de nuestro entorno. El amor que nace en aquél que cree en un Dios Padre de todos y cada uno de los hombres y mujeres, es un comportamiento activo, creador, que toma en serio las injusticias y abusos que se cometen contra los hombres y se esfuerza por cambiar las cosas buscando siempre «el Reino de Dios y su justicia» (Mt 6,33).

Por eso, este amor no puede quedar restringido a un grupo determinado de personas de la misma clase social, la misma ideología o el mismo pueblo. No se trata de luchar sólo por las reivindicaciones que afectan a nuestro grupo social ni de apoyar únicamente lo que favorece a mi propio partido o grupo ideológico ni de preocuparnos sólo de nuestro pueblo ignorando a los demás.

Estamos persuadidos de que necesitamos todos una profunda conversión. No construiremos una sociedad más justa y fraterna si no aprendemos a ver las cosas desde los empobrecidos, los despojados, los que son despreciados en su dignidad de personas, los que quedan derrotados en sus esfuerzos para ser tratados con más justicia.

No haremos una sociedad más humana si no descubrimos toda la inhumanidad que se encierra en una sociedad estructurada, no al servicio de las necesidades de los más pobres e indefensos sino al servicio de los intereses de los más fuertes, seguros y poderosos. No construiremos un mundo más justo por el mero hecho de obtener cotas aceptables de igualdad en nuestra sociedad desarrollada, si éstos logros ignoran las necesidades y derechos de los pueblos subdesarrollados e incluso se consolidan a costa de éstos.

No daremos pasos hacia una humanidad nueva si no reorientamos nuestros comportamientos individuales, nuestros hábitos sociales, nuestros esfuerzos educativos, nuestras reivindicaciones sindicales, nuestra lucha política, hacia la construcción de una humanidad más justa con los injustamente maltratados, más favorecedora de los desfavorecidos, más defensora de los débiles e indefensos.

## **Humanos en el sufrimiento**

**59.** La historia del hombre sigue siendo una historia de sufrimiento, fracasos y penas. En cualquier momento chocamos con los límites implacables de la realidad o la fuerza del mal y la injusticia. Incluso aquellos que luchan por una humanidad nueva viven constantemente la experiencia que vivió Jesús: luchan por implantar el bien y ven proliferar el mal; se entregan con amor a los demás y se ven traicionados; defienden las causas más nobles y son malentendidos y condenados.

Antes que nada, hemos de reconocer el mal en toda su realidad, sin subrarlo morbosamente pero sin enmascararlo. Una sociedad no se hace más humana por ignorar los sufrimientos de las personas, cerrar los ojos a la crueldad y las injusticias u ocultar los fracasos.

¿Cómo vivir hoy humanamente el propio sufrimiento? ¿Cómo reaccionar ante el dolor ajeno? Nosotros creemos que para ser humanos, necesitamos también hoy volver nuestra mirada hacia el Crucificado. De Él escuchamos una llamada a luchar contra el sufrimiento producido por los hombres y una esperanza para dar un sentido último a la cruz inevitable de nuestra existencia finita y mortal.

### **• *Enfrentados a la propia cruz***

**60.** Jesús no ama el sufrimiento ni lo busca. No lo quiere ni para Él ni para los demás. Ha pasado su vida combatiendo el dolor, la depresión, la enfermedad, la culpabilidad, la soledad y marginación, la alienación. Y en su propia vida, Jesús no busca de manera masoquista la cruz. Cuando se encuentra con ella reacciona rechazándola como algo inhumano y malo: «Padre, si es posible, pase de mí este cáliz» (Mt 26,39).

Sin embargo, Jesús acepta y asume la cruz. No como algo bueno sino como una experiencia que, al ser precisamente mala e inhumana, le ofrece paradójicamente el lugar más realista para vivir plenamente su libertad, en el amor al Padre y la entrega incondicional a los hombres. El mal continúa siendo algo malo y cruel pero, precisamente por ello, puede ser para los hombres la experiencia más realista y menos ambigua para vivir su apertura a Dios y a los hermanos.

La cruz significa para Cristo su gesto máximo de libertad y cumplimiento humano en medio de la ambigüedad de esta existencia. Por una parte, Jesús hace de la experiencia insondable del abandono del Padre el lugar supremo de entrega y obediencia filial a Dios: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46). Realiza así, en plenitud, lo que ha sido a lo largo de toda su vida:

plenamente hombre precisamente por su apertura y obediencia radical a Dios. Por otra parte, abandonado y asesinado por los hombres, Jesús grita: «Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen» (Lc 23,34). Así se realiza plenamente como hombre, en fraternidad y amor incondicional a los hermanos.

Entender y asumir así la cruz no elimina el mal en nuestras vidas. Pero la existencia cambia de signo. Ahora sabemos que podemos ser humanos no sólo en el éxito y el bien, sino también en el fracaso y el mal. Lo decisivo no son los logros, sino el amor que inspira nuestro ser y nuestro actuar. La cruz nos puede llevar a la vida.

¿Dónde encontrar la fuerza necesaria para enfrentarnos así a nuestra propia cruz y vivirla de manera humana y liberadora sin dejarnos deshumanizar por el mal?

Desde aquella tarde de la crucifixión de Cristo, el sufrimiento ya no es signo de la ausencia de Dios. También en los momentos de máximo absurdo, impotencia, abandono, soledad o sufrimiento, Dios está ahí, al lado del hombre, haciendo la experiencia terrible de la finitud humana, atravesado también Él por nuestro sufrimiento.

Esta presencia humilde y débil de Dios en nuestro dolor no es algo inútil o estéril. Es la presencia solidaria y amorosa de un Padre que conduce misteriosamente la historia dolorosa de sus hijos hacia la Vida definitiva.

Estamos persuadidos de que no le es suficiente al hombre contemporáneo combatir sus sufrimientos y depresiones acudiendo a calmantes y analgésicos. No le basta anestesiar sus penas huyendo hacia toda clase de evasiones y drogas. Creemos más bien que, al suprimir de nuestras vidas al Crucificado, cerramos el único camino que da sentido al sufrimiento del hombre y nos incapacitamos para enfrentarnos al dolor de la manera más humana y digna.

Por otra parte, tomar la cruz de cada día no es sólo asumir desde la actitud de Cristo los sinsabores, sufrimientos y males de nuestra vida ordinaria. Es también aceptar el precio doloroso que lleva consigo la tarea de ser humano cada día, preferir sufrir injustamente antes que colaborar con ninguna injusticia, perder dinero antes que perder dignidad, padecer el mal antes que hacerlo, aceptar la debilidad antes que oprimir al débil, acercarnos al dolor de los demás antes que disfrutar encerrados en nuestro egoísmo. Todo ello sabiendo que a una vida así crucificada, le espera resurrección.

- ***Cercanos al sufrimiento ajeno***

**61.** Toda la vida de Jesús ha sido una lucha contra el sufrimiento y la miseria de las gentes. Siempre al lado del hombre frente al mal.

Cercano a la soledad desesperada de los excluidos de la sociedad; luchando contra el dolor físico y síquico de los enfermos; defensor incondicional de los discriminados y maltratados por la vida; preocupado por el hambre de la muchedumbre; compartiendo el dolor de los hombres ante la muerte de sus seres

queridos. Siempre junto a los hombres frente a todo aquello que los puede deshumanizar.

En la sociedad actual es fácil la indiferencia e insensibilidad ante el sufrimiento ajeno. El ritmo de la vida moderna hace posible vivir lejos del contacto directo con el sufrimiento. Nos acostumbramos a experimentar la desgracia ajena de forma indirecta, a través del televisor o las páginas de la prensa. El sufrimiento de las gentes y de los pueblos se nos oculta tras las cifras y estadísticas del paro, la miseria o el hambre.

Por otra parte, gracias a los medios de comunicación, estamos mejor informados que nunca de las desgracias e injusticias que suceden en el mundo; pero todo ello, lejos de acrecentar nuestra capacidad de reacción, parece aumentar nuestra impotencia y embotar nuestra sensibilidad.

Sin embargo, ¿se puede ser humano aislándose del sufrimiento ajeno y adoptando una postura de apatía e indiferencia ante el dolor de los demás? ¿Se puede crecer como hombres sin reaccionar ante sus quejas y protestas?

Creemos que la humanización de nuestra sociedad nos está exigiendo un profundo cambio de la competitividad a la solidaridad; de la pasividad a la toma de posición a favor de los oprimidos; de la inhibición egoísta a la compasión y la ayuda incondicional al que sufre.

Para ser más humanos hemos de aprender a mirarnos a nosotros mismos con los ojos de los que sufren, tal vez víctimas de nuestro propio bienestar. Hemos de saber ver los sufrimientos y las miserias que nuestra expansión económica provoca en esos pueblos pobres, desposeídos y oprimidos por el poder económico de nuestro Primer Mundo.

No se trata solamente de aportar ocasionalmente una ayuda económica para tranquilizar la conciencia, haciendo de ese dinero, adquirido con frecuencia de manera egoísta e injusta, un sustitutivo de nuestra falta de solidaridad real con los que sufren.

Pensamos más bien en la necesidad de promover en nuestra sociedad un estilo nuevo de vida, luchando contra nuestros deseos desmedidos de bienestar a costa del sufrimiento de otros, aprendiendo a vivir de una manera más austera y sobria que nos permita una solidaridad más eficaz con los necesitados, colaborando más activamente en todo aquello que sirve para erradicar las diversas injusticias, opresiones y abusos, apoyando decididamente todo lo que favorezca a los débiles e indefensos.

## **Llamados a resucitar**

**62.** La fe en la resurrección final introduce un dinamismo nuevo en nuestra existencia. Los creyentes vivimos en camino hacia la Vida definitiva, animados por el Espíritu del Resucitado. Quien cree en la resurrección comienza a amar esta vida de manera radicalmente nueva y adopta ante la muerte una actitud diferente, de apertura confiada a la Vida eterna de Dios.

- ***El amor a la vida***

La resurrección de Jesucristo nos revela que Dios es alguien que pone resurrección donde se produce muerte. Alguien que genera vida donde nosotros la destruimos.

Por eso, quien cree en Cristo resucitado y vive desde la dinámica de la resurrección, afirma la vida y la ama de manera apasionada. Creer en el Dios que ha resucitado al Crucificado está pidiendo luchar por la vida y combatir la muerte.

Esta lucha contra la muerte la hemos de iniciar en nuestra propia persona, orientando nuestra libertad hacia la vida por los caminos de un amor creador, una solidaridad generadora de vida, un cultivo generoso de nuestras mejores cualidades; sin buscar nuestra propia muerte por los caminos de un egoísmo estéril y decadente, un derroche infructuoso de nuestra salud, una utilización parasitaria de los otros, un endurecimiento de todo nuestro ser.

Pero, al mismo tiempo, esta fe en el Dios defensor y amigo de la vida nos urge a hacernos presentes allí donde «se produce muerte» para luchar contra todo lo que pueda atacar la vida. Somos humanos cuando sabemos defender, cuidar y promover la vida allí donde la vida es humillada, estropeada, ultrajada o destruida.

Esta lucha por la vida que nace de la dinámica misma de la resurrección ha de ser firme y coherente en todos los frentes: ante las muertes provocadas violentamente, ante el aborto o la eutanasia activa, ante el genocidio de los pueblos del Tercer Mundo, ante la amenaza de la vida por la implantación de armas nucleares, ante la destrucción de la naturaleza, ante la muerte de la cultura y de la identidad de los pueblos débiles.

Aunque, dentro de la historia, terminara en fracaso y destrucción, esta lucha por la vida no sería inútil. Nuestros esfuerzos, trabajos y luchas no se perderán definitivamente. Todo lo que haya estado animado por el Espíritu del Resucitado permanecerá transformado para siempre en Vida eterna.

- ***Una muerte humana***

**63.** Tal vez, es ante la muerte donde aparece con más claridad la «verdad» y los límites de la civilización contemporánea que no sabe exactamente qué hacer con ella si no es ocultarla asépticamente y retardar al máximo su inevitable llegada.

Hoy los enfermos mueren, por lo general, lejos del entorno familiar del hogar, en un centro médico, rodeados de los más modernos aparatos técnicos, pero sin recibir tal vez la ayuda que necesitan para vivir humanamente ese momento trascendental de su existencia.

La muerte se ha convertido, con frecuencia, en un proceso mecánico y despersonalizado, un acontecimiento solitario y aislado donde el enfermo queda confinado a la técnica sanitaria. ¿No es, tal vez, una de las situaciones más crue-

les de la sociedad actual, esa soledad en la que queda abandonado el moribundo con sus dudas, sus miedos y angustias, privado de su derecho a conocer, preparar y vivir humanamente su propio morir? ¿Es esto lo único que puede ofrecernos el progreso actual para morir humanamente?

Creemos que el hombre de hoy, junto a esa ayuda técnica tan valiosa, capaz de mitigar su dolor físico y defender la vida biológica hasta límites insospechados, necesita una luz y una esperanza que dé sentido a su morir.

A la luz del Resucitado, creemos que la manera más humana de morir no es la actitud nihilista de quienes se acercan a su muerte como a la definitiva extinción en la nada ni tampoco la protesta inútil de quienes se rebelan ante lo inevitable.

Alentados y sostenidos por la esperanza que infunde en nosotros el Resucitado, los creyentes morimos no hacia la oscuridad, el vacío o la nada. Nosotros «morimos en Cristo» hacia la luz, la vida y la plenitud de Dios. Éste es el destino y la meta final de los hombres. Dios mismo «enjugará las lágrimas de sus ojos y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo habrá pasado» (Ap 21,4).

## VII.- EL HOMBRE COMO TAREA

**64.** Todos intuimos que el hombre es un ser inacabado. Una tarea y un aprendizaje. Alguien que ha de construirse en libertad.

Desde nuestra fe en Jesucristo creemos que la vida es, al mismo tiempo, don de Dios y tarea del hombre. Esta fe nos mueve a invitar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo a asumir hoy esta tarea humana con confianza, con responsabilidad y con esperanza.

### **Llamada a la confianza**

No es posible una vida humana digna sin una confianza radical. Sin ella, el hombre no puede captar su identidad ni descubrir el valor de su existencia.

Nosotros confiamos en el hombre de nuestros días no porque se muestre digno de confianza ni se vaya a mostrar en el futuro, sino porque el mismo Dios ha dado su sí absoluto al proyecto humano.

Confiamos en el hombre pese a toda su capacidad de mal y pese a los fracasos de su historia. Rechazamos decididamente cualquier postura nihilista o pesimismo radical sobre la humanidad. Pero no lo hacemos movidos por un optimismo ingenuo. Si no abdicamos ni desesperamos del hombre es porque tenemos puesta nuestra confianza en Jesucristo.

Os invitamos a creer en Él no como un episodio anecdótico de un pasado oscuro y lejano, sino como el acontecimiento transformador que lo cambia todo. Los hombres no estamos solos. Podemos enfrentarnos a la tarea humana, no con angustia o desesperación, como si todo dependiera exclusivamente de nosotros, sino con la confianza y la paz de saber que todo depende también de ese Dios más fuerte, más fiel y más digno de confianza que nosotros mismos.

La confianza de los creyentes se funda en ese Dios, compañero de ruta del hombre, que lucha, sufre, fracasa y triunfa con nosotros. Podemos aceptarnos a nosotros mismos, a pesar de todo lo que hay de inaceptable en nuestras vidas, porque hemos sido aceptados por el mismo Dios. Podemos esperar incluso donde parece que no hay nada que esperar. Podemos amar donde parece que no hay nada amable. Desde Dios presente en nuestra existencia vemos la historia de los hombres como promesa de salvación.

Esta confianza radical en Dios como el mejor amigo del hombre no es para nosotros una salida de emergencia para lograr como sea una «sensación de seguridad». Nuestras contradicciones no desaparecen. Seguimos viviendo entre logros y fracasos, verdad y mentira, gozos y sufrimientos. Pero, desde esa incertidumbre y ambigüedad, ponemos toda nuestra confianza en ese Dios que «ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo único para que todo el que crea en Él no perezca sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).

Ésta es la fe que nos convoca a los creyentes en la Iglesia de Jesucristo. A todos los que vivís en ella os invitamos a descubrir cada vez con más profundidad a ese Dios que es compañía, apoyo y promesa para el hombre. Todo lo que en nuestras comunidades impida ver a Dios como gracia, alivio y mano tendida al hombre, es una grave deformación que hemos de saber purificar.

Creemos que una de las tareas más importantes hoy de nuestras comunidades creyentes es irradiar una confianza profunda en el hombre amado infinitamente por ese Dios en el que todos podemos encontrar también hoy perdón para nuestra culpabilidad, defensa ante las amenazas, consuelo en el dolor, fuerza en la debilidad, promesa en la oscuridad.

## **Llamada a la responsabilidad**

**65.** Ser hombre es saber asumir de manera responsable y lúcida nuestra tarea humana. Esa tarea apasionante de transformar el mundo para hacerlo más digno del hombre y mejorar la vida para que pueda ser vivida de manera más humana y gozosa por todos.

Desde la fe en Jesucristo, la historia se abre ante nosotros como un campo de batalla entre lo inhumano y lo humano, en el que se nos llama a luchar por ser cada día más humanos y humanizadores.

En esta tarea de hacernos a nosotros mismos, los creyentes no nos apoyamos exclusivamente en nuestras fuerzas sino en la fuerza del mismo Dios que habita la historia humana. No pretendemos actuar movidos exclusivamente por nuestros intereses sino por «el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones» (Rm 5,5). Para nosotros, ese amor es precisamente el verdadero motor de todos nuestros esfuerzos y nuestra acción transformadora.

Por eso, os invitamos a todos a asumir hoy nuestra responsabilidad de hacernos más humanos dejándonos inspirar más profundamente por un amor liberador. La auténtica fuerza que hace la historia más humana no son las ambiciones, los egoísmos, la violencia o las guerras, sino el amor liberador al hombre.

Esta voluntad de animar toda nuestra actuación desde el amor con que Dios ama a todo hombre es la que nos congrega a los creyentes en la Iglesia de Jesucristo. No temáis la fe como un obstáculo para la tarea humana. Vedla más bien como el mejor impulso para construir una nueva humanidad.

Estamos persuadidos que desde la fe en Jesucristo es posible descubrir con más lucidez y decisión que el tener y el poder, el producir y el consumir, el dominar y el oprimir, el violentar y el matar, no nos pueden conducir a una humanidad más liberada.

Todo lo que en nuestras comunidades cristianas promueva la pasividad y la inhibición e impida ver la fe como una fuerza liberadora que nos responsabiliza y compromete en la tarea de construir una sociedad más humana debe ser corregido.

Los que os sentís creyentes habéis de recordar que Dios mismo está comprometido en esa tarea y que, por lo tanto, nuestra responsabilidad es, en definitiva, corresponsabilidad con ese Dios que asume todos nuestros esfuerzos en la acción redentora realizada en Jesucristo.

## **Llamada a la esperanza**

**66.** El hombre no puede vivir sin esperanza. Toda su vida es expectación y búsqueda de futuro. Dejar de esperar para encerrarnos en el presente sin perspectiva alguna de futuro sería destruir nuestra historia, dejar de crecer, anular la existencia humana.

Desde la fe en Cristo resucitado, nosotros creemos que el hombre puede orientar su vida no sólo hacia metas limitadas y logros concretos de su historia sino hacia ese futuro último inaugurado en la resurrección de Jesucristo. Él es «nuestra esperanza» (1 Tm 1,1). En Él escuchamos los creyentes la promesa de Dios: «Hay esperanza para tu futuro» (Jr 31,17).

Estamos persuadidos de que vivir con esta esperanza, lejos de ser falta de realismo, es la manera más auténtica y radical de tomar en serio la historia de los hombres para descubrir y desarrollar todas las posibilidades de plenitud que se hallan encerradas en la existencia humana. No pretendemos desfigurar la realidad actual. Esperamos para el hombre lo que todavía no es, pero realmente puede ser en el futuro de Dios.

Por eso, nuestra esperanza no consiste en huir de la situación presente hacia un futuro lleno de consuelos sino en afrontar esta existencia, a veces tan dura y problemática, iluminándola, criticándola e impulsándola desde nuestra fe en Cristo resucitado. De ahí que sea una «esperanza crucificada», llamada a purificarse y crecer precisamente en el mal y frente al mal, «esperando contra toda esperanza» (Rm 4,18).

El que vive animado por esta esperanza no puede conformarse con la situación actual. Esta esperanza no tranquiliza sino inquieta, porque nos pone en contradicción con la realidad presente. Esta situación todavía tan injusta, inhumana y dolorosa se hace más intolerable. Nos hace sufrir ver la distancia enorme que se abre entre el sufrimiento presente y ese destino final que se apunta en Cristo resucitado.

Estamos persuadidos de que la esperanza cristiana acogida sinceramente por el hombre puede impulsar y sostener su esfuerzo por transformar este mundo en otro siempre mejor y más abierto a su destino último. Los creyentes traicionamos esta esperanza siempre que nos servimos de ella para adoptar una postura de inhibición o resignación pasiva ante el mal.

Esta esperanza en el Resucitado sólo puede ser vivida con pleno sentido en el seno de la Iglesia de Jesucristo donde los creyentes «formamos un solo Cuerpo y un solo Espíritu como una es la esperanza a la que hemos sido llamados» (Ef 4,4). Creemos que una de las primeras tareas de esta Iglesia es la de ser en estos tiempos testigo de la esperanza cristiana.

Os invitamos a los creyentes a llevar por todas partes esta «responsabilidad de la esperanza». Sentios solidarios de las esperanzas de todos aquellos que buscan metas siempre más elevadas de libertad, justicia y paz. Apoyad y promoved todo lo que pueda conducir a una mayor humanización. Criticad lo que no se orienta hacia la meta final del hombre en Dios. Vivid «siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (1 P 3,15).

Destruid la pretensión que puede encerrarse siempre en aquellos logros superables que se toman como definitivos. Reaccionad frente a la tentación de resignación que nos invita a detenernos. Que todos puedan ver que «si nos fatigamos y luchamos es porque tenemos puesta la esperanza en el Dios vivo» (1 Tm 4,10).

## CONCLUSIÓN

Que la celebración de la muerte y resurrección de Cristo reavive nuestra fe en Dios nuestro Salvador, nos ayude a despojarnos del «hombre viejo» y nos urja a revestirnos del «Hombre Nuevo» manifestado en Jesucristo.

Os hemos dirigido nuestra palabra convencidos de que es el mejor servicio que os podíamos hacer a todos: a los creyentes que habéis encontrado en Jesucristo la respuesta al sentido de la vida y a todos los que buscáis una luz que oriente definitivamente vuestra existencia.

Pero los que os escribimos esta Carta Pastoral somos hombres como vosotros. Sólo Dios puede iluminar nuestros corazones y orientar nuestras vidas hacia la verdad. Que María, la Madre de Jesucristo, que supo acogerlo como a su Salvador y Señor, nos enseñe a escuchar fielmente su llamada. «Bendito sea Él, el Padre de nuestro Señor Jesucristo quien, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva» (1 P 1,3).

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria  
4 de marzo de 1987  
*Miércoles de Ceniza*

- ✠ **José María**, Arzobispo de Pamplona y A.A. de Tudela
- ✠ **Luis María**, Obispo de Bilbao
- ✠ **José María**, Obispo de San Sebastián
- ✠ **José María**, Obispo de Vitoria
- ✠ **Juan María**, Obispo Auxiliar de Bilbao